3 1761 07989313 7

Dimitrijević, Todor
Chile

F
3423
D58

Chile, Perú y Bolivia

Ante el juicio de cien escritores extranjeros

POR

T. Dimitrijević

Premiado varias veces por la Real Academia Serbia de Ciencias

PRECIO: $ 3.50

SANTIAGO DE CHILE
Soc. Imprenta y Lit. Universo
Galería Alessandri, 20
—
1919

Chile, Perú y Bolivia

Ante el juicio de cien escritores extranjeros

POR

T. Dimitrijevich

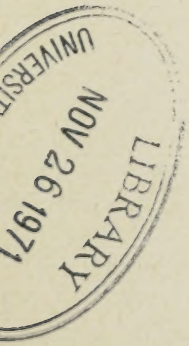
Premiado varias veces por La Real Academia Serbia de Ciencias

Sociedad Imprenta y Litografía Universo

SANTIAGO DE CHILE

1919

F
3423
D58



Al gran aliadófilo

Señor Don Alberto Mackenna S.

a cuyo entusiasmo se debe el éxito de mi primera conferencia en castellano, dedica esta obra,

Su Atto. y S. S.

T. Dimitrijevich.

Santiago de Chile, Mayo 1919.

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/chileperyboliv00dimi

Señoras, caballeros:

No aliadófilo, sino «platófilo» es el Perú.

Dos años atrás, en el momento más obscuro para mi patria, vine aquí, para expresar mis dolores y justicia de mi patria que debía tener un lugar en el sol. Es aquí donde aprendí castellano, y pronuncié mi primera conferencia en este idioma hidalgo entre el generoso público chileno cuya gentileza y hospitalidad son ya proverbiales.

He defendido una causa justa, sin tener ningún interés pecuniario, porque está bien conocido que de tantos miles de pesos que he hecho en Chile, como en otros países, no he tomado un centavo. Tal trabajo fué ayudado por toda la gente culta y generosa, en todas partes, excepto en el Perú.

Voy a hablar sin ira y con argumentos bien documentados. El Perú no es mi enemigo nacional y ningún peruano mi enemigo personal, sino que quiero expresar mi opinión, tratándose de una causa a la cual el Perú pide la justicia de los Aliados, aprovechando la única ocasión para ganar por astucia lo que ha perdido por la espada.

Después de haber triunfado en Chile, me fuí al Perú, porque me dijeron que es muy aliadófilo e hidalgo, y que yo, después de una experiencia amarga, verifiqué que el aliadofilismo del Perú existe en la razón, porque no hay influencia alemana allí debido a la falta del capital e inmigra-

ción alemana; y además como los aliados son cajeros del mundo y a los peruanos les gusta plata, yo llegué a la conclusión de que los peruanos, en vez de ser aliadófilos, en realidad son «platófilos». Refiriéndome a la hidalguía de los limeños puedo decir que son hidalgos, porque les gustan las corridas de toros.

Pobreza y corrupción de la prensa limeña.

La prensa limeña dió una noticia de mi llegada, mas no quería publicar ningún artículo mío, porque me pedía dinero, excusándose que no tenía espacio, y yo no podía esperar algo mejor de la prensa más pobre de América y talvez la más corrompida del mundo.

La prensa de Lima es pobre, entre muchas razones, porque su público, negros, chinos, zambos, cholos, etc., no saben leer o no se interesan por lecturas. Y si hay alguna persona, en el interior, que comprara un diario, para matar el tiempo, con ella no se puede contar, debido a malas comunicaciones, pues cuando un periódico de Lima llega a otra población distante, ha perdido su actualidad. Lo ha dicho muy bien un inglés, que para ir de Lima a Iquitos (ciudad peruana en la orilla del Amazonas), hay que embarcarse en el Callao para Inglaterra y de allí a Brasil, y después por vía fluvial llegar al lugar destinado.

«Las columnas de los diarios están todavía casi en su totalidad ocupadas con la publicación de indecentes sátiras contra los hombres prominentes, y de vez en cuando de despreciables querellas entre actores y cantores, y también de mala poesía.

«Folletos también frecuentemente aparecen en Lima y otras ciudades del Perú, sobre los asuntos políticos, llenos de baldones y libelos. Ellos forman la gran parte del trabajo de la prensa peruana, aunque son escasos.» (*Cuzco and Lima*, por Clements Markham, pág. 366).

«Los diarios en Chile equivalen a una institución como en los Estados Unidos. Esto es la verdad, en Santiago, como también en Valparaíso. *El Mercurio*, que se publica en las dos ciudades, tiene magníficos edificios superiores en sus conveniencias a las oficinas de los diarios en la

América del Norte y con más comodidades para los editores, repórters, maquinistas y otros empleados que la tierra del periodismo (los Estados Unidos), que está un siglo para atrás en este sentido. Refectorios, salas particulares, oficinas de trabajo con baños, dormitorios, salas de juego, para el personal trabajador de un diario. El edificio de *El Mercurio* en Santiago es notable no solamente por las comodidades para sí mismo, que son muy completas, sino tiene salones y piezas que están a disposición del público. En los edificios de los diarios en los Estados Unidos es una fortuna poder tener un lugar para escribir de pie su anuncio. En Santiago puede tener un escritorio y sillón y puede quedarse tanto cuanto quiera. Consultando los estantes tienen todo el lujo de una sala de lectura en una biblioteca moderna. Los salones de *El Mercurio* están abiertos para recepciones públicas y funciones parecidas. El mismo diario publica más cablegramas que cualquier diario en una ciudad de un cuarto de millón de habitantes en los Estados Unidos». (*Panamá to Patagonia*, por Charles M. Pepper, pág. 213).

En polémica, que es muy rara, emplean palabras muy escogidas y aún al mayor enemigo no quieren ofender. Tengo que reconocer que muchos artículos míos, contra el Perú, habían sido suavizados, por los directores, y muchos no se han publicado por haber sido considerados muy fuertes.

«En Lima, al contrario de las otras capitales de América del Sud, la prensa, sea política, literaria o científica, no puede ganar un terreno firme. Al pueblo le falta interés para la prensa; en cuanto los partidos políticos prefieren argumentos por boca que por escrito». (*Reisen durch Südamerica*, por Johann Jakob von Tschudi, tomo V, pág. 382.)

Sobre la corrupción de la prensa y la influencia del diarismo de su país se expresa en estos términos el señor Prada (peruano):

«En vano los hombres del poder fingen desdeñar al escritor público y tratan de disimular con la sonrisa del desdén los calofríos del miedo a la verdad: si hay algo más

fuerte que el hierro, más duradero que el granito y más destructor que el fuego, es la palabra de un hombre honrado.

«Desgraciadamente, nada fué más prostituído en el Perú que la palabra. En nuestro desquiciamiento general, la pluma tiene la misma culpa que la espada.

«El diarismo carece entre nosotros del prestigio de que goza en otros países: aquí no representa el poder intelectual de la nación, sino la fuerza brutal de las malas pasiones.

«Esa exuberancia de frases gastadas y pensamientos triviales, que se vacian en las enormes y amenazadoras columnas del periódico, recuerdan el bullicioso río de fango y piedras que se precipita a rellenar las hondonadas y resquebrajaduras de un valle.

«Desde el editorial ampuloso y kilométrico hasta la crónica insustancial y chocarrera, se oye la diatriba sórdida, la envidia solapada y algo como crujido de carne viva, despedazada por dientes de hiena.

«Nadie negará que desde la guerra con Chile el nivel moral del país ha descendido. ¿Por qué? Por la mentira y falta de probidad en publicistas y literatos.

«La palabra debía unir, y dividió; debía ilustrar, y embruteció; debía censurar, y aduló.

«El escritor público formó atmósfera de prestigio a los detentadores de la hacienda nacional, y el poeta prodigó versos a caudillos salpicados aún con sangre de las guerras civiles. Las sediciones de pretorianos, las dictaduras del Bajo Imperio, las persecuciones y destierros, los asesinatos en las cuadras de los cuarteles, los saqueos al Tesoro Público en plena luz del día... todo fué posible, porque tiranos y ladrones contaron siempre con el silencio o el aplauso de una prensa cobarde, venal o cortesana.

«Como en el Ahasvero de Edgard Quinet pasan a los ojos del poeta las mujeres resucitadas, llevando en el corazón la herida del amor incurable: así mañana, ante las miradas de la posteridad, desfilarán muchos de nuestros escritores, queriendo ocultar en el pecho la lepra de la venalidad.» (*Un Viaje por Fuerza a Sudamérica y Europa*; por Carlos Selva, pág. 155, Granada de Nicaragua, 1894).

Algún tiempo después de mi llegada a Lima, realicé una conferencia, frecuentada solamente por las colonias

aliadas, y al día siguiente salió en un diario, creo que se llama *Las Novedades,* lo siguiente:

«Anoche realizó su anunciada conferencia el señor Dimitrijevich y he aquí un artículo de un diario chileno que habla sobre sus conferencias». Sigue el artículo.

Tal ataque cobarde nunca me ha pasado en el mundo, pues el deber de un periódico es dar su opinión sobre una conferencia realizada y no la de los otros. Además no era verdad que era un «diario chileno», sino un quincenal de un traidor dálmata que se vendió a los cónsules de los Imperios Centrales en Iquique. Por eso es que no mencionó cómo se llamaba el periódico.

Lo que es más indigno de un hombre es que el Director del diario limeño se había declarado contra Alemania en un manifiesto en favor de Bélgica, habiéndome manifestado personalmente que era un admirador de los Serbios; pero, a pesar de todo esto, al día siguiente me atacó cobardemente.

El no es una persona particular, pues su periódico representa una parte de la opinión pública del Perú. Se había declarado aliadófilo, en el papel, pues esto convenía a sus intereses y en relación de mi obra aliada, filantrópica y desinteresada, tomó parte de Judas y Pilatos a un mismo tiempo.

Entonces yo comparé mi situación con la en que se encontraba Chile antes de la guerra con el Perú, que había hecho un pacto secreto con Bolivia contra Chile, al mismo tiempo que le confesaba la mejor amistad.

Después de esto realicé una conferencia en el Callao y me fuí, porque los peruanos se interesan solamente, como el vulgo de la antigua Roma, para «panem et circencem».

Una comparación con Chile.

En el Perú he hecho 45 libras esterlinas y en Chile 36,000 francos, pues solamente una señora (Evelina M. Claude) me mandó 50 libras esterlinas (más que todo el Perú).

El Perú es el único país en el mundo donde la prensa nacional atacó mi trabajo, que era en favor de la causa aliada.

El Perú es el único país donde no he podido organizar más de dos conferencias, (excepto Bolivia donde no he podido dar ni una sola).

Chile es el lugar donde he realizado más conferencias que en cualquier otro país neutral y donde tocó la banda militar en una de mis conferencias (en Chillán).

En Iquique (que los peruanos llaman una «Alsacia y Lorena») los cónsules de los Imperios Centrales pidieron públicamente que no se realizara mi conferencia, en cambio el señor Alcalde me dió el Teatro gratis y contestó que la conferencia no se suspendería. Y no es por que yo haya sido mal acogido por el público peruano, ya que Monsieur Willy Roger, enviado oficialmente por el Gobierno francés que aquí tuvo espléndidos éxitos, fracasó por completo en el Perú.

Así lo manifiesta su carta, publicada en *El Comercio* de Lima de fecha 15 de Enero de 1918:

«Señor Director de *El Comercio:*

«Ante el poco suceso de la Exposición de los Aliados, que tengo organizada en esta ciudad, y augurando la misma suerte a mi conferencia del próximo jueves, creo más prudente anularla, simplemente, y le sería a Ud. muy agradecido comunicarlo a sus respetables suscritores.

(Firmado).—Willy Roger».

Después de todo esto, se ve que los chilenos eran y son aliados en el corazón y los peruanos solamente en el papel.

Prefiero la neutralidad chilena y me incomoda la alianza peruana, porque Chile, por lo menos con su salitre, nos ha ayudado para ganar la guerra, mientras el Perú se ha declarado aliado, solamente para aprovechar la oportunidad y poder más tarde perjudicar a Chile. Claro es que los peruanos no son aliadófilos, sino aprovechadores.

Yo protesto contra el Perú todavía más que los aliados contra China, que no ha cumplido con sus deberes, pues el Perú quiere desde la orilla pescar en agua turbulenta en la cual se perdieron tantas vidas sin que los peruanos prestaran una ayuda de cualquiera especie.

Lo ha dicho muy bien un inspirado escritor que «el Perú en la Guerra Mundial ha hecho las veces de comparsa que sirve para aumentar el número del coro sin cantar una sola nota». O un individuo que quiere ser miembro de una gran

compañía que dispone con millones, sin que él pudiera invertir un peso.

Para los aliados hubiese sido mucho mejor que el Perú se hubiese quedado neutral: 1.º para que los enemigos y germanófilos no nos pudieran reprochar que necesitábamos aun la ayuda del Perú, y 2.º que los vapores alemanes, en los puertos peruanos, pertenecerían a nosotros que hemos sacrificado todo en la guerra y no al Perú que no ha hecho nada. Pues, como se ve, nosotros guerreamos y el Perú recoge los frutos.

Además, discutir la cuestión del Pacífico en la Conferencia de la Paz, como intentaron el Perú y Bolivia, significaría el retraso de la firma de la paz, que por otra parte exige mantener los ejércitos en pie de guerra y gastar millones. Y todo esto por satisfacer el orgullo herido de algunos limeños y paceños que quieren vengarse con sangre ajena. No se sentían capaces de presentarse en los campos de batalla ni en el último momento, pero se apresuraron a figurar en la Conferencia de la Paz, a pesar de que el Perú no ha declarado la guerra a Alemania.

Ahora voy a probar por las experiencias de los desinteresados escritores extranjeros * que los peruanos no sirven para nada, y mucho menos para la guerra. Tuvo razón una revista londinense, que antes de haber roto el Perú las relaciones con Alemania, lo ridiculizaba diciendo que los únicos que todavía están en buena armonía con Alemania, era la China y el Perú. Hay que recordar que el Perú era el último en romper sus relaciones con Alemania, y esto, no es porque los Aliados lo necesitaban, sino porque él necesitaba a los Aliados y los vapores de los alemanes.

LAS CIUDADES DEL PERÚ

El Callao.

El Perú moderno, a pesar de poseer una larga costa, en realidad tiene solamente un buen puerto: el Callao.

«El Callao era muy distinto de las ciudades chilenas, tanto por sus casas como por sus habitantes. Aquí no hay

---

* Un hombre puede estar equivocado o interesado, pero no cien escritores.

ningún gran edificio excepto la Aduana, y la estación del ferrocarril. Las casas estaban en desorden, y eran hechas de corteza de palma y tapadas con barro y todas tenían techos planos.» (*Fünfzehn Jahre in Süd-America*, por Paul Treutler, tomo III, pág. 130.)

«El Callao está compuesto de casas pequeñas de un piso con fachadas de fango y de yeso groseramente pintado en fresco. Pierde mucho a ser visto de cerca; no es más que un montón horrible de casuchas mal habitadas. Tan pronto que hube desembarcado, tuve ganas de salir.» (*Voyage Illustré dans les cinq parties du Monde*, por Adolphe Joanne, pág. 387; París, 1850).

«Aun en el primer momento, el Callao muestra que con mucha razón tiene un mal nombre... polvo y suciedad de toda especie. Uno que no está acostumbrado a este olor de peste, tiene que fugarse de allí.» (*Reise in Chile, Perú und auf dem Amazonenstrome*, por Eduard Poeppig, tomo II, pág. 14.)

«La ciudad del Callao está compuesta de algunos centenares de casas pequeñas, sucias y miserables. Ninguna persona respetable vive allí.» (*Narrative of a Visit to Brazil Chili, Perú*, por Gilbert Farquhar Mathison, Esq., pág. 225.)

«El Callao es húmedo y sucio en el invierno; seco y lleno de polvo en el verano, y demasiado inmundo en cualquier tiempo. La calle principal, paralela con el balneario, está empedrada de una manera miserable; las otras, con la excepción de la que conduce a Lima, son malas y estrechas callejuelas. Las casas son hechas provisionalmente y, en general, son de un piso. Para proteger la propiedad contra los ladrones, las ventanas están generalmente en el techo.» (*Recent Exploring Expeditions*, por Jenkins, pág. 92.)

«La ciudad del Callao que consiste de oficinas de vapores, almacenes y tiendas que venden artículos que se necesitan en los buques, no presenta nada de interés, excepto las ruinas del fuerte de San Felipe, *el último edificio donde se cernió la bandera de España en el continente americano.*»

(*La América del Sud*, por James Bryce, pág. 41, Nueva York, 1914.)

«El Callao tiene una apariencia demasiado triste. Está compuesto de miserables chozas y casas de barro, y es una desgracia para la capital vecina.» (*Narrative of a Journay*, por Robert Proctor, Esq. pág. 112.)

«Durante mi permanencia en el Perú, tuvo lugar una fiesta popular llamada la «chaya», que es parecida al carnaval en Roma, pero en el Callao toma mayores proporciones rayana en la locura. Para conocer la fiesta me fuí por ferrocarril de Lima al Callao, donde ya en la estación el carnaval había tomado grandes proporciones...

«A los pocos pasos de haber salido de la estación, un chorro de agua me pegó en la cara, y mientras yo me secaba los ojos, me habían arrebatado el sombrero de la cabeza y... ¡zas! un huevo reventó sobre mi cabeza y la materia me entró entre la espalda y la camisa. Después de esto recibí numerosos chorros de agua y pronto quedé completamente mojado y cuando quería acercarme a la acera me lanzaban cubetas de agua. Nadie podía quedarse sin tomar parte en la fiesta y el que quería escaparse del agua, era más perseguido. Por fin, permanecer sin ser mojado este día, sería una vergüenza para un hombre.» (*Fünfzehn Jahre in Süd America*, por Paul Treutler, tomo III, pág. 141.)

En ese puerto continuamente hay epidemias: tifus, fiebre amarilla, peste bubónica, etc., y ningún buque que pasa por Panamá lo visitaría si estuviese más cerca del Canal, porque tendría que hacer cuarentena.

Las causas de estas enfermedades en el Callao son muy explicables, pues allí casi las únicas autoridades sanitarias son los gallinazos.

En el Perú el gallinazo es un ave de rapiña, pero muy cobarde; se alimenta de carne podrida y limpia las calles de los perros y gatos muertos. Es tan sucia y repugnante que se pierde el apetito solamente al recordarla; pero en el Perú esa ave es sagrada, porque si no fuese por ella, moriría la mayor parte de los peruanos.

Lima.

«Clara y universalmente está admitido que Lima, sin contradicción, es la ciudad más insana y mortífera entre las grandes ciudades de América del Sud.» (*South America*, por A. Gallenga, pág. 69. Londres 1880.)

«Tan pronto como se pasa el cerco de murallas se tiene la desagradable sorpresa de encontrarse en una calle de casas no terminadas, sin pisos o en ruinas. Las calles están cubiertas de un polvo espeso, muy fino y de mal olor. Avanzando, sin embargo, las casas son mejores y más cuidadas, pero la calle dá siempre un aspecto muy triste.» (*L'Univers*, por M. Lacroix, pág. 339. París.)

«La mayor parte de la ciudad de Lima se destruiría durante una fuerte lluvia; pero, como nunca llueve, el barro es el material de construcción.» (*A Commercial Traveller in South America*, por Franck Wiborg, pág. 46.)

Lima por Pizarro se llamaba «Tres sabios del Oriente», pero como esto era muy largo para los peruanos, que no se interesaban en nada por los sabios, le dieron el nombre de Lima, que significa un fruto y que a los peruanos gusta más que cualquier sabiduría.

«La calle principal por la cual se entra al centro de esta gran ciudad no da ninguna buena idea; bordeada de casas bajas y sin abertura sobre la fachada, ella representa en su enorme extensión una tristeza desesperante.

«Lima se ha desarrollado como una flor tropical, rápidamente, bajo la acción de una tierra muy rica y un sol muy ardiente; pero su decadencia ha sido también tan rápida como ha sido su grandeza y en el presente la capital del Perú no es más que una sombra de lo que ha sido otra vez.

«Las causas de esta decadencia son muchas y diferentes; pero es fácil encontrarlas en la situación física y política del país. No solamente los terremotos han sepultado millares de personas bajo las ruinas de sus habitaciones, sino que la guerra ha hecho también millares de víctimas; el destierro y la emigración son también causas que han tenido su influencia; por último, las epidemias, consecuencias naturales de falta de autoridades sanitarias y una suciedad que

ha llegado a los puntos increíbles, hacen estragos muchas veces en la ciudad, como también en los alrededores. El Dr. Tschudi ha probado, por medio de cálculos curiosos, que, después del año 1826, el número de muertos sobre nacimientos ha sido anualmente por lo menos de 550. Una disminución tan rápida amenaza a Lima su próximo desarrollo; calles enteras y barrios se ven desiertos, las casas se arruinan por todas partes, malezas invaden los jardines.» (*Voyage Illustré dans les cinq parties du Monde*, por Adolphe Joanne, pág. 389.)

«Como en la mayor parte de las ciudades hispano-americanas, las calles son estrechas y derechas, cruzándose unas a otras en ángulos rectos. Al principio se sorprende uno ver que las casas son extremadamente bajas, muchas de un piso y casi ninguna (excepto algunas residencias modernas en las inmediaciones) de más de dos, y de enterarse que son construídas de ladrillo o más comúnmente, de cañas y junquillos enyesados con fango. Se dice generalmente en Lima que un ladrón no necesita nada más que una escudilla de agua y una esponja para ablandar el fango y una cuchilla para cortar las cañas.» (*La América del Sud*, por James Bryce, pág. 42, Nueva York, 1914.)

«Por el centro de las calles, paralelamente con el río, corren pequeñas acequias que sirven de abiertos coladores, y al borde de estas hay tropeles de repugnantes gallinazos, que reemplazan a los flojos habitantes, praticando el aseo.

«Todos los edificios públicos y casi todas las casas particulares en Lima, cuyas paredes son hechas de caña cubierta de emplasto (yeso), son del tiempo de los Virreyes; y un largo, no terminado lago artificial en los alrededores de San Lázaro, principiado por el Virrey Amat, los republicanos ni lo han tocado siquiera. Parece que democrática y anárquica independencia ha paralizado todo el progreso, que, hay que reconocer, era bastante lento aun en el tiempo colonial.» (*Cuzco and Lima*, por Clements R. Markham, pág. 285; London, 1858.)

«Por el centro de la mayoría de las calles de Lima corre el agua, que recibe todo desecho, zupia y suciedad de las casas particulares; sin embargo, como allí se encuentran

gallinazos y perros sin número, para tomar parte como basureros, la incomodidad no es tan grande como sería sin ellos.» (*Recent Exploring Expeditions to the Pacific, and the South Seas*, por J. S. Jenkins, pág. 94. London, MDCCCLX.)

«Me hallo obligado a confesar que las grandes expectativas con que vinimos a Lima fueron apenas realizadas. Los alrededores son mucho menos hermosos que los de Méjico y la ciudad misma no sólo mucho más pequeña, sino también menos majestuosa y con menos apariencias de capital.» (*La América del Sud*, por James Bryce, pág. 44.)

«La Universidad está ayudada en parte por el Congreso y en parte por el producto de una corrida de toros anualmente! Hay solamente de treinta a cincuenta estudiantes y la mayoría de los oficios de profesor son sueldos sin empleo.

«De la misma manera Lima se vanagloría con un teatro más notable por los millares de moscas que lo infestan, que por la habilidad y talento mostrado en sus representaciones. Hay también un coliseo de gallos, una cancha para tennis, y la Plaza Firme del Acho, en el suburbio de San Lázaro, para las corridas de toros.» (*Recent Exploring Expeditions to the Pacific and the South Seas*, por J. S. Jenkins, pág. 99.)

«Es muy censurable la falta de edificios públicos apropiados a su objeto, después de 70 años de vida independiente y de haber tenido cuantiosas riquezas. Hay ahora la excusa de que los chilenos destruyeron ésto, aquéllo y lo otro y así explican la desaparición de la Biblioteca y del Archivo Nacional, etc., pero si es verdad que destruyeron o se llevaron el mobiliario y los útiles y enseres de las oficinas, los locales allí quedaron y ninguno corresponde a su objeto, ni fué edificado por los que ocuparon el puesto de las autoridades coloniales. La incuria de los republicanos está manifiesta y se puede asegurar que la ciudad de Lima, con poca diferencia, es hoy la misma que sirvió de asiento a las autoridades españolas en el virreinato del Perú.

«Tan espléndido fué su pasado como triste es su presente. El brillo del virreinato y de los albores de la República

se eclipsó ante la estrella de Chile. Sin escuadra, sin ejército, sin tesoros y sin la energía de los pueblos robustos, vive de sus recuerdos y amortigua con fiestas el dolor profundo causado por los desastres de la última guerra, para no sentir la desesperación consiguiente a la convicción de su impotencia para tomar el desquite.» (*Un Viaje por Fuerza a Sud América y Europa*, por Carlos Selva, tomo I, pág. 72, Granada de Nicaragua, 1894.)

«Con excepción de los conventos y de algunas de las iglesias más antiguas, todo parece moderno, insubstancial y también antipático, prestando poca variedad y poco adorno en la arquitectura, excepto el largo balcón de madera que por lo común se destaca sobre la entrada. El puente que se extiende sobre el Rimac es apenas digno de una gran capital. Las tiendas son pequeñas y ordinarias y sólo en una o dos vías públicas se ve pasar de un lado a otro una multitud de transeuntes. Uno puede ver aquí poco de la vida y animación y aun menos de la pompa que es propia de una antigua y famosa ciudad de gran poderío.» (*La América del Sud*, por James Bryce, pág. 42.)

«Lima, debido a su población de diferentes colores, tiene una apariencia cómica.—Entregué mi equipaje a un negro, para llevarlo de la estación al Hotel Morín, y fué una gran sorpresa para mí ver allá siete negros, uno con mi maleta, otro con la caja de sombrero, otro con mi paraguas, etc., y cada uno me pedía un peso» (*). (*Fünfzehn Jahre in Süd America*, por Paul Treutler, tomo III, pág. 132; Leipzig, 1882.)

Ahora una comparación con la Capital y el principal puerto de Chile.

Valparaíso.

«He aquí Valparaíso, blanca, encantadora, con sus innumerables casas edificadas sobre los cerros, con vista al mar, escalonadas sin orden, pero dando una magnífica idea los almacenes comerciales ubicados en la parte baja de la ciudad». (*Au Chili*, por M. J. de Cordemoy).

(*) En Chile un hombre tendría vergüenza de llevar una maleta, y son los muchachos los que se ocupan de esto.

«Valparaíso es el mejor puerto en la costa occidental de América, después de San Francisco, y de allí donde fondeó nuestro buque podíamos ver, naves y barcos de vela de todas partes del mundo.

«Debido a la forma de herradura, Valparaíso tiene un bonito panorama visto desde la cubierta de los buques. Una vista más cercana no hace desaparecer por completo esta impresión, porque los edificios públicos y comerciales son hermosos e imponentes, como también hay allí depósitos y tiendas llenas de preciosidades que requieren dinero y gusto y por todas partes se puede oir el ruido de actividades.

«Valparaíso tiene varios periódicos y los edificios de diarios con maquinarias y equipo de imprenta como es posible encontrar en los Estados Unidos» (*A Commercial Traveller in South America*, por Franck Wiborg, páj. 78; New York, MCMV.)

«En Valparaíso nos sentimos trasladados al mundo moderno cuando vimos una Bolsa, pues, desde que salimos de Nueva York no habíamos pasado por una ciudad que tuviese ese conocido instrumento de civilización». (*La América del Sud*, por James Bryce, pág. 172).

«La vida en Valparaíso es bastante cara, pero buena. Los hoteles responden satisfactoriamente a todas las exigencias que se pueden presentar en tales establecimientos de una ciudad de importancia, y cuando sus precios son un poco elevados, se encuentran buenas piezas y buen alimento. Desde cualquier punto de vista están sobre los hoteles de Río de Janeiro». (*Reisen durch Südamerica*, por Johann Jakob von Tschudi, tomo V., pág. 139; Leipzig, 1869).

Santiago.

«La posición natural de Santiago es tan hermosa que una permanencia más larga me causaba más admiración. La ciudad se encuentra sobre una altiplanicie rodeada por una muralla de magníficas montañas. Esto da siempre un panorama espléndido, y especialmente hermoso antes de la caída del sol, cuando las cumbres cubiertas de nieve

están iluminadas por brillante tinte». (*A Commercial Traveller in South America*, by Frank Wiborg, pág. 85).

«La ciudad de Santiago es realmente espléndida, con anchas, derechas calles, con buen pavimento de piedra; con arboledas y fuentes en las plazas, con magníficos edificios públicos y suntuosas casas particulares; con Alameda, o Avenida popular, de tres millas de largo, regada por cuatro acequias; con un parque, o un paseo para coches; y una Quinta Normal o hacienda modelo, ahora transformada en paseo con fresco y sombrío suelo, un palacio de exposición, un museo, y al fin tiene un alto cerro, el Santa Lucía, visiblemente destinado por la naturaleza para una ciudadela como el Aerópolis en Atenas, desde el cual se ve toda la ciudad; como el Pincio en Roma, y dominando un largo panorama de llanura o montaña como el Superga en Torino, en realidad teniendo lo necesario para una nueva capital grande, rica y majestuosa. Mejor lugar para una ciudad habría sido difícil escoger. En el centro de un vasto y verde llano, rodeado por morenos cerros, y atravesado por el río Mapocho, el valle del cual forma un boquete (brecha) en la muralla de las montañas, abriendo un vasto panorama de las nevadas cordilleras con el Tupungato, que levanta su cabeza a una altura de más de 22,000 pies —un gigante de los Andes tan enorme que nuestro Mont Blanc difícilmente podría alcanzar hasta sus hombros. (*South America*, por A. Gallenga, pág. 168).

«Las calles de Santiago que se entrecortan en esquinas completamente rectas, son generalmente bastante anchas y en su mayoría limpias; además, las buenas aceras prueban que la comodidad plebeya está más atendida aquí que en Lima» (*A Narrative of Voyages and Commercial Enterprises*, por Richard J. Cleveland, tomo II, pág. 146; Cambridge, 1842).

«Acequias como de tres pies de ancho corren por el medio de las calles, bien dotadas por el río Mapocho, lo que permite conservar las calles en un estado de limpieza muy superior a las de Buenos Aires». (*Viaje a Chile durante la época de la Independencia*, por Samuel Haigh, pág. 31).

«En limpieza, regularidad, y salubridad, Santiago está muy por encima de las otras ciudades de América del Sur». (*Recent Exploring Expeditions to the Pacific and the South Seas*, por J. S. Jenkins, pág. 74).

«Santiago está construído en manzanas y en el centro está la plaza que es tan hermosa como ninguna otra que haya visto la América del Sur». (*Narrative of a Journay*, by Robert Proctor, Esq. pág. 98, London, 1825).

«El portal Mac-Clure, que ocupa la parte oriental de la plaza es menos elegante que su vecino. Está ocupado por tiendas y baratillos. Paralelamente a estas arcadas hay un pasaje, la galería de San Carlos, que es una de las mejores que hay en el mundo». (*Au Chili*, por M. J. de Cordemoy).

«Santiago tiene cerca de 65,000 habitantes, engrandece rápidamente, un hecho que habla mucho en favor de la industria y empresas de los chilenos, pues, lo mismo no se puede decir de otras capitales interiores de América del Sur». (*Recent Exploring Expeditions to the Pacific and the South Seas*, por J. S. Jenkins, pág. 77, London, MDCCCLIII).

«En Santiago todo parece moderno, lo que podría esperarse de un lugar que fué pequeño y pobre hasta a fines del siglo diez y ocho y que ha crecido rápidamente durante los últimos sesenta años a consecuencia de la prosperidad general del país. La atmósfera es de prosperidad y de seguridad. El contraste es, en verdad, grande entre la antigua Lima y la aún más antigua Cuzco, o entre La Paz, arrebujada en su barranca bajo las montañas, como un buho en un desierto, y esta ciudad moderna, animada, vehemente y activa, donde tranvías repletos pasan por calles atestadas, y la gente se da prisa, para ir a atender sus negocios o su política, precisamente de igual manera que los habitantes de la Europa occidental o de la América del Norte.

«Santiago es una verdadera capital, en el centro de una verdadera nación, el lugar donde se halla concentrada toda la energía política del país, compartiendo la comercial con Valparaíso. Aquí no hay negros vagabundos, ni indios impasibles, pues toda la población es chilena». (*La América del Sud*, por James Bryce, pág. 173).

«Santiago, la hermosa metrópoli, es centro de buen gusto y cultura científica. Pruébalo el considerable número de estudiantes que de otras repúblicas de América vienen a beber en sus fuentes de sabiduría. Por lo que a mi Patria toca, debo declarar que todos o casi todos los jóvenes que han cultivado su inteligencia en Santiago son hoy, hombres de provecho». (*El Ejército de Chile*, por Gerardo Zúñiga Montúfar, Mayor del Ejército de Costa Rica.)

OTRAS CIUDADES DEL PERÚ

Mollendo.

«La pequeña población de Mollendo sigue al Callao en importancia como puerto peruano, pues en ella empieza el ferrocarril principal del país. Desgraciadamente, no hay puerto en Mollendo, sino más bien una bahía descubierta donde los buques se balancean y cabecean en la marejada, que es lo bastante gruesa a veces para que sea difícil y hasta peligroso desembarcar en botes. Se ha construído una especie de rompeolas que encierra a un pequeño puerto, pero aún a su abrigo el golpe de las grandes oleadas obliga al desembarcante a saltar a tierra apresuradamente y a echar a correr antes que le alcance la próxima oleada.

«No es posible imaginar lugar más triste que éste. Paita en su desierto era bastante triste, pero Paita recibía la luz del sol; y este lugar bajo una espesa bóveda de nubes era aún más lúgubre». (*La América del sur*, por James Bryce, pág. 47).

Paita.

«Este pueblo, que difícilmente puede ser llamado ciudad, es más importante que su miserable apariencia puede indicar». (*South América and the Pacific*, by the Hon. P. Campbell Scarlett, tomo II, pág. 137).

El Cuzco (la antigua capital de los Incas).

«*Es la única ciudad en la América del Sud que es desagradable a la vista y al olfato*». (*La América del Sud*, por James Bryce, pág. 180).

«Por el centro de las calles corren caños que constituyen el único alcantarillado de la población y cuyas emanaciones no son muy agradables». (*Enciclopedia de la América del Sud*, tomo II, pág. 764; Buenos Aires).

«El Cuzco es todavía muy atrasado en los arreglos sanitarios. Como las acequias están sobre la superficie, se siente mal olor, pero uno no puede temer malas consecuencias en el clima del lugar». (*Through South America*, por Harry Weston Van Dyke, pág. 351).

«La bestia de carga de Cuzco es el llama, pues las calles son tan sumamente angostas que en la mayor parte de ellas no hay sitio para el tránsito de carruajes; los que pueden, montan en burros, pero los que no pueden costear este lujo tienen que caminar a pie». (*Enciclopedia de la América del Sur*, tomo II, pág. 765; Buenos Aires).

«Aunque en sus edificios el Cuzco es esencialmente una ciudad española, en sus habitantes es india. El idioma quichua es el que se habla comúnmente y son los indios aborígenes los que dan a sus calles y plazas ese aspecto pintoresco que compensa su suciedad. Establecen sus pequeños puestos, algunas veces cubiertos de lona, a lo largo de las arcadas y en las plazas, y se están ociosos cerca de ellos con sus ponchos flamantes y sus sombreros de paja de alas anchas y aplastadas, cuyo lado para el tiempo seco está cubierto con una especie de pana adornada con oropel, mientras que el del tiempo húmedo está cubierto con franela de color rojo. Las mujeres se asoman a los toscos balcones de madera en el primer piso de las casas y conversan con los ociosos abajo en la calle. Hileras de llamas cargadas pasan de largo, las únicas criaturas que trabajan. Apenas hay vehículos, pues los que no están obligados por la pobreza a andar a pie van la mayor parte montados en burros y los únicos acontecimientos son los días de fiestas religiosas con sus procesiones, los cuales se suceden con tanta frecuencia que el hábito de la pereza tiene oportunidades sin igual para aumentar. Aunque los quichuas eran bajo los Incas una raza muy industriosa, y aunque todavía cultivan la tierra diligentemente, la atmósfera de la ciudad está impregnada de holgada ociosidad, inactividad y demora.

La única fábrica con que nos encontramos fué una cervecería alemana,—por remoto que sea no hay lugar donde no se encuentre uno con los emprendedores alemanes. No hay negocios tampoco, con excepción del de suministrar algunos artículos baratos a los campesinos de las inmediaciones». (*La América del Sud*, por James Bryce, pág. 83).

Cerro de Pasco.

«A la distancia, esta ciudad tiene casi una agradable apariencia, pero, cuando uno se acerca, pierde la ilusión.

«Las calles son sucias y son más bien estrechas y curvas callejuelas. Hay muy pocos edificios de estilo europeo o bien construídos; sin embargo, de cerca, se ve que son racimos de miserables chozas y cabañas, cubiertas con paja, pero casi desprovistas de ventanas y chimeneas. La ciudad está muy minada por numerosos conductos subterráneos hacia las principales minas, algunos de los cuales son casi impenetrables, y usualmente, casi llenos de agua, de manera que una correría a través de la ciudad, aun en plena luz del día, representa no poco peligro». (*Recent Exploring Expeditions to the South Seas*, por J. K. Jenkins, pág. 105).

Puno (las mujeres que no tienen sonrisa).

«En la plaza principal de la ciudad visitamos el mercado. Su apariencia era muy diferente a lo que estamos acostumbrados a ver en las ciudades del interior de los países europeos.

«Nuestro objeto principal aquí era que mi amigo me mostraba el carácter peculiar de las mujeres indias, siendo Puno casi el único lugar donde los europeos pueden estar en contacto con ellas. Yo las consideraba serias y reservadas, y esto lo atribuía al disgusto que manifestaban al conversar con las personas que no conocían su idioma; pero ahora tengo la oportunidad de cerciorarme que esto sobrepasaba a mis congeturas, y me chocaba más aún, tomando en cuenta mi reciente visita a las Islas Sandwich (en el Pacífico) donde el carácter franco y alegre de las mujeres es notorio.

«Mi amigo preguntó a una de ellas en su idioma nativo, por el precio de algunos artículos que ella vendía, a lo que

ella contestó diciendo el precio y sin pronunciar una palabra más. Caminando adelante llegamos a un gran lugar donde había tres mujeres sentadas, la mayor de las cuales no representaba más de 30 años de edad.

«Ahora, dijo Mr. Morris, Ud. verá el carácter de las mujeres del pueblo.

«Estas tres damiselas estaban bastante bien vestidas y no eran feas. Despues de haberlas saludado, mi amigo les preguntó si ellas estaban dispuestas a conversar un poco, por intermedio de él con un extranjero que recientemente llegaba a Puno y se interesaba mucho verlas. Cuando él me dijo lo que había dicho yo me extrañaba que ellas ni se sonrieron y ni siquiera contestaron, permaneciendo serias y desdeñosas como siempre.

«Pero ahora», dijo mi amigo, «voy a emplear otros medios para ver si fuera posible provocar una sonrisa. Creo que conozco bastante bien lo que entre ellas puede ser considerado como buen humor, e intentaré hacer una broma de tal manera, que si ellas tienen en su naturaleza algo de sonrisa, tal vez la demuestren.»

«Ahora, les dijo, que su amigo habiendo oído hablar mucho de la belleza de las mujeres indias de Puno, ha venido a esta ciudad con la intención de ver si le sería posible encontrar alguna entre ellas que se interesara por él y por consiguiente casarse, y después de haber aprendido el idioma de ella viajarían por todas partes del país. Pero como ellas no hicieron caso a esto, entonces dijo a la que parecía la mayor: «¿Puede Ud. decirme lo que mi amigo debe hacer para encontrar tal dama?» A esto la india le contestó en su propio idioma y con la mayor seriedad: «No, señor».

«Después interrogamos otras mujeres de diferente edad, y dejamos el mercado sin tener el gusto de ver una sola sonrisa.

«Esto es el carácter indio que entre los hombres, como se dice, es mucho peor. Se sabe que son muy insociables en sus relaciones domésticas, y a pesar de la modestia de sus mujeres, se dice que no tienen ningún respeto para con ellas. Además como existe poco cariño entre los padres y los hijos, esta gente se puede considerar más salvaje que civilizada.» (*Travels in Perú and Mexico*. por S. S. Hill, tomo II, pág. 2).

AREQUIPA (la segunda capital del Perú).

I.—Suciedad e ignorancia.

«Cuando atravesábamos la plaza, oímos algo como música marcial, que se aproximaba de una de las calles principales, y al mismo tiempo apareció un número de sacerdotes, que venían en procesión. Delante de ellos se traía una estatua de un santo de tamaño natural, y atrás de ellos seguían más de cien indios campesinos, todos montados en burros y armados de palos. La estatua que era de madera pintada, y una parte vestida de ropaje verde, tenía una cruz en una mano y un cordero en la otra, de lo que se comprendía que representaba a San Juan.

«Cuando la procesión llegó a la plaza, aquellos que traían la estatua del santo subieron sobre la cima del más alto montón de basura, y poniendo la estatua sobre el pedestal cubierto con un paño carmesí, se le puso un quitasol sobre su brazo, de manera que le protegiera la cabeza de los rayos del sol. En este momento los cañones de la fortaleza dieron saludos. Después de esto los sacerdotes se retiraron, los indios bajaron de sus burros, tomaron sus angarillas y principiaron a llenarlas con basura, que ellos llevaron de la plaza con una energía digna del trabajo sagrado, en que ellos creían estar ocupados.

«Mi amigo me explicó lo que habíamos visto, que el conocía bien. Sucedió que algunos años atrás, una hilera de edificios muy viejos que ocupaban una parte de la plaza fueron destruídos y se principiaba a preparar el terreno para edificar otros, así que todos los escombros eran dejados allá en un lugar abierto. Naturalmente por un largo tiempo esto era un gran inconveniente para los habitantes que se quejaban a las autoridades; pero se había visto que limpiar el lugar costaría tanto que era imposible hacerlo. A causa de esto se puso el asunto en manos del obispo para resolverlo y él tomó medidas para obtener un resultado satisfactorio. Dió órdenes que esta imagen de San Juan debía ser traída de una aldea populosa de los alrededores, y puesta sobre el montón cada mañana y que no debía ser puesta sobre su propio pedestal, en la iglesia de la aldea, hasta que no estuviera fuera de la ciudad toda la basura extraída por los adoradores del santo.»

II.—Protestantes muertos, ultrajades.

«Un pedazo de terreno fuera del cementerio que se encuentra cerca de la ciudad, por algún tiempo fue reservado para enterrar a los que no eran católicos. En realidad muy pocos protestantes habían muerto en Arequipa, pero sucedió que poco antes de mi llegada murieron dos, casi al mismo tiempo, en la ciudad, y sus cuerpos se habían sepultado en la noche, fuera del cementerio. Poco tiempo después un pariente de uno de los fallecidos visitó el lugar y fué una gran sorpresa para él encontrar los cadáveres fuera de sus tumbas y puestos como sentados contra la pared con cigarros en la boca.

«En el cementerio de Arequipa se ven aún todavía por la superficie, huesos, cráneos y despojos de mortajas que se habían extraído de las tumbas, sea por sepultureros para hacer espacio para otros cadáveres, o por ladrones, para robar a los muertos.

III.—Los hombres quijotescos y las mujeres sin pudor.

«Los jóvenes de Arequipa son generalmente libertinos en extremo, y aquellos que vienen de Europa al servicio de los comerciantes son capaces de caer en extravagancias que nunca se le ocurriría en su patria, y sus farsas llegan a tal punto que contraen grandes deudas.

«Bajo tal rudo gobierno no es para extrañarse que, a pesar de la existencia de las instituciones para educación, su influencia sobre la moral del pueblo no ha sido grande. Sin embargo, confieso que el orden en los domingos me sorprendió. Las tiendas están cerradas casi como en una ciudad inglesa. Por las calles se ven pocos hombres, pero la mayoría de las mujeres de familias acomodadas se ven en las ventanas o en las gradas de sus puertas. A pesar de que todo parece bien, el extranjero encuentra que estas mujeres casi nunca tienen ocasión de estar con los europeos y su trato es demasiado deficiente comparado con la delicadeza y distinción que posee la mujer de toda nación civilizada. Se dice que son mojigatas antes de casarse y grandes atormentadoras después, y su única preocupación son los trajes y adornos. Generalmente van recargadas de anillos y brazaletes y cuando salen cubren la mitad de su cara con un

velo. Pero lo peor en ellas es su conducta en la edad más crítica de su sexo, de donde se explica la grande perdida de los niños, que influye mucho a la decadencia de los criollos.

«En Arequipa el extranjero se ve obligado a indignarse y pronunciarse por la falta de educación y vergüenza aún entre las señoritas. Por donde quiera que Ud. vaya, las encontrará en cuclillas a las orillas de las acequias, o del pavimento, manifestando en su cara indiferencia por todo el que pasa. *Yo nunca había visto algo parecido en ninguna ciudad del mundo* hasta ahora, y fue para mí una gran sorpresa cuando vi esto por la primera vez. Esto me indignó y chocó tanto que pregunté a una dama joven y bien vestida que se encuclilló en el momento que yo pasaba; yo le pregunté por qué hacía esto, y recibí una contestación tan sencilla, como si nada extraño hubiera pasado»*. (*Travels in Perú and Mexico*, por S. S. Hill, pág. 99; London, 1860).

ANTE LA LUZ DE LA HISTORIA

«La Historia del Perú es entre las historias de las naciones la que quizá contenga las más tristes narraciones». (*Historia del Perú*, por Clements Markham, pág. 292).

«El Perú jamás debe olvidar los esfuerzos que el general O'Higgins hizo por nuestra libertad,haciendo tremolar entre nosotros el pendón de la independencia y ayudarnos a sacudir el yugo del ibero...» (*Acto de Justicia*, Lima 1832).

«El Gobierno de Chile tendrá siempre un derecho indisputable a la gratitud peruana». (*El Nuevo Dia del Perú*, Julio 1.º de 1824).

«El Perú mismo debe su libertad a un ejército chileno». (*L'Univers*, por M. César Famín, pág. 76).

Los chilenos pasados por las armas, a causa de la libertad de Bolivia.

«La creencia de que se hallaba cercano el fin de la guerra, empezó a minar los espíritus en favor de la independencia. Olañeta descubrió en Tupiza, a mediados de Diciembre, una conspiración que debía dar por resultado la defección

---

* El que elogia a éstas, tiene también que recordar este hecho agradable **

** Sobre las características de los habitantes de otras ciudades, véase el tomo I.

de los batallones Cazadores y Partidarios y su incorporación al ejército patriota en Salta. Olañeta midiendo inconsideradamente por la severidad de la represión, la eficacia del castigo, ahogó en sangre esta tentativa frustrada. En esta misma época, el coronel D. Baldomero Espartero, hacía pasar por las armas a los oficiales chilenos Nordenflich y Guzmán, a quienes se les atribuían inteligencias secretas con el General Lanza, que debía ser auxiliado por ellos con algunos artículos de guerra». (*Historia de Bolivia*, por Luis M. Guzmán, pág. 49; Cochabamba, 1888).

Chile lucha por la libertad del Perú.

«En Enero de 1820, la escuadra chilena salió para el Perú, bajo el mando de Lord Cochrane. Después de un infructuoso esfuerzo contra el Callao, Lord Cochrane se dirigió hacia Valdivia, que él tomó a los españoles en un brillante ataque. Volviendo a Valparaíso, la escuadra fué llamada al servicio, para transportar al ejército libertador a las órdenes del General San Martín. El ejército tenía 4,400 soldados, 35 cañones, 600 caballos y un equipaje para 15,000 hombres. La escuadra era de ocho buques de guerra, con 240 cañones, 1,600 marineros y 16 transportes. Esta era la fuerza más grande preparada por cualquiera de las nuevas repúblicas en favor de la independencia sudamericana, y el honor pertenece a Chile de haber podido organizarla, con la ayuda del «Ejército de los Andes», a costa de inmenso sacrificio. El ejército desembarcó en el mes de Octubre de 1820 al norte del Callao, el puerto de Lima.» (*The Republic of Chile*, por Marie Robinson Wright, pág. 40; Philadelphia, 1904).

«O'Higgins y San Martín concibieron entonces la atrevida empresa de organizar una expedición que fuera a libertar al Perú y hacerlo también independiente. A este efecto compraron buques y formaron una escuadra, que fué mandada primero por el almirante chileno Blanco Encalada, y en seguida por un noble y célebre marino inglés, Lord Cochrane.

«Esta primera escuadra chilena realizó infinitas proezas; se apoderó de varios buques españoles, y se hizo así más poderosa.

«El 20 de Agosto de 1820 zarpó de Valparaíso llevando un ejército considerable para aquella época. Los patriotas iban a atacar a los españoles en el mismo centro de su poder, y, después de algunos años de lucha y con el auxilio de los colombianos, lograron concluir con el último vestigio del poder de la España en la América del Sur». (*El Tesoro de la Juventud*, tomo 9, pág. 2920; Buenos Aires).

El Perú agradece, cuando pide... (1823).

«...La conducta ejemplar y heroica de Chile, estrechará más y más la unión y amistad de ambas Repúblicas.—(Larrea, Ministro del Perú en Chile).

«...Con tan poderosos auxilios no dude S. E. que el presente año se termine la guerra en este territorio, quedando a los peruanos la dulce satisfacción de confesar que sus hermanos de Chile no han cesado de hacer los más nobles y generosos esfuerzos por que se plantifique y lleve a cabo el proyecto de su emancipación». (Ministro de R. E. del Perú, don Francisco Valdivieso).

«Al Excmo. Supremo Gobierno de la República de Chile:

«Excmo. señor: La desgraciada jornada de Moquegua, ha destruído el ejército más fuerte con que contaba la República para conquistar su independencia. **Pequeños restos de las fuerzas de Chile y de los Andes han logrado salvarse** y se preparan a cooperar con el ejército de este Estado, que se halla actualmente en instrucción. Los enemigos, orgullosos de las ventajas que han obtenido, han principiado a concentrar sus tropas para volver rápidamente sobre esta capital a recoger el fruto de su última victoria.

«Ninguna medida de las que aconseja la premura de las circunstancias ha dejado de tomarse por este Gobierno para reparar un contraste que amaga la libertad del Perú, y para oponer a los españoles por mar y tierra una masa capaz de resistirlos; **pero teme el Gobierno que todos los esfuerzos y sacrificios del territorio libre del Perú,** acaso no basten a impedir un funesto revés, si **le falta el apoyo de ese heroico pueblo, a quien esta República debe tan marcados servicios...»**

Chile responde con hombres y el dinero prestado.

«Habiendo el Gobierno de la República peruana, por consecuencia de la derrota que sufrió el ejército aliado en

Moquegua, solicitado auxilio del Gobierno de Chile, para sostener su independencia y continuar la guerra contra la Nación Española; **deseoso el Gobierno de Chile de cooperar a la gran causa de la libertad americana y dar pruebas del alto interés con que mira la suerte de aquel Estado, su aliado, aumentando los esfuerzos que ha hecho anteriormente para libertar al Perú,** han acordado ambos Gobiernos entrar en estipulaciones sobre los términos y condiciones con que deban prepararse estos auxilios y han convenido en los artículos siguientes.

ART. 1.º «**El Estado de Chile promete auxiliar al Perú con una fuerza de dos mil quinientos a tres mil hombres, que pondrá equipados y armados en el puerto de Valparaíso para que sean trasladados a las costas del Perú, a obrar en combinación con el ejército que allí existe**».

ART. 2.º «A más del auxilio anterior, el Estado de Chile promete que continuará sirviendo en el Perú la división chilena que formaba parte del Ejército Libertador y que se halla en aquel territorio».

.....

ART. 4.º «*El Gobierno de Chile considerando las grandes urgencias de numerario que padece el Gobierno del Perú, y que ha hecho presente su Enviado Especial, auxilia a aquella República con la* 5.ª *parte del total primitivo del Empréstito contraído en Londres por el Estado de Chile*».

Colombia auxilia al Perú.

«La división colombiana había sido despedida por el Gobierno peruano, y el ejército peruano-chileno, al mando del General Alvarado fué derrotado en Tarata por el español Canterac.

«Bolivia, que había predicho las desgracias del Perú, y que no sin fundamento temía ser invadido por los españoles victoriosos, preparó otra expedición de seis mil hombres. Santander le mandó un grande acopio de pertrechos de guerra, no obstante los sacrificios que le imponía la situación de Venezuela. Preparados estaban ya tres mil hombres, cuando llegó el Ministro peruano, General Portocarrero, solicitando auxilios.

«Celebróse un tratado en que el Perú se obligaba a pagar los gastos de la campaña, y partieron los tres mil co-

lombianos; mientras el Libertador esperaba orden del Congreso, para ir a dirigir personalmente la campaña, como lo pedía con instancia el Perú». (*Resumen de la Historia del Ecuador*, por Pedro Fermín Cevallos, tomo IV, pág. 66).

«Las instrucciones del General Portocarrero no estaban limitadas puramente a pedir el auxilio de las fuerzas colombianas, sino que también debía empeñar al Libertador a que pasase a dirigir personalmente la campaña. Riva-Agüero mismo le había escrito con tal fin, manifestándole que la confianza del Perú en el auxilio colombiano se cifraba principalmente en la persona de Bolívar».

«Y todavía por el mes de Julio (1823), le vino una nueva diputación enviada por el mismo congreso del Perú. El objeto de ella era invitar al Libertador a que fuera a encargarse del mando del ejército, y a libertar ese opulento pueblo del yugo de los extranjeros: «Todos los elementos de ataque y defensa acumulados en el Perú sólo esperan, dijo el jefe de la diputación, una voz que los una, una mano que los dirija y un genio que los lleve a la victoria». (*Resumen de la Historia del Ecuador*, por Pedro Fermín Cevallos, tomo IV, pág. 66),

Bolívar en Lima.

«Partió el Libertador de Guayaquil (6 de Agosto), después de haber recibido dos diputaciones del Gobierno peruano y cartas en que los principales personajes de aquel país les rogaban se presentase a salvar la patria.

«El 1.º de Septiembre hizo su entrada en Lima, donde fué recibido con extraordinario júbilo; mas la situación no podía ser peor. Un partido sostenía al Congreso y otro al Presidente Riva-Agüero. Sucre, encargado ya del mando en jefe del ejército unido, no había podido impedir la guerra civil.

«El Congreso había nombrado Presidente a Don José Bernardo Torre Tagle; mas Riva-Agüero, con sus tropas y con los restos de siete mil hombres que había malbaratado el General Santa Cruz, estaba en negociaciones con los españoles. Preso por sus mismas tropas, fue enviado a Lima, y Bolívar prometió la victoria, aunque estaba solo con sus colombianos.

«El Gobierno peruano le invistió de la suprema autoridad militar, y él pidió a Colombia nueve mil hombres además de los tres mil que estaban a punto de llegar.»

Bolívar en Pativilca.

«Las penas y fatigas militares agobiaron a Bolívar. El Ministro colombiano Joaquín Mosquera le habló en Pativilca, enfermo, solo, obligado bajo el peso de su enorme responsabilidad. El Perú estaba empobrecido, desmovilizado y sin armas; de sus colombianos habían perecido tres mil, y él estaba a las puertas de la muerte, sin saber si le llegarían refuerzos de Colombia para combatir al ejército español, que constaba ya de veinte mil hombres. Además de eso sabía que sus émulos en el Ecuador trataban de acusarlo ante el Congreso, y él había renunciado la Presidencia y la pensión de $ 30,000.

—«¿Y qué piensa Ud. hacer ahora? le preguntó Mosquera.

—«Triunfar, contestó el héroe exánime.

«Apénas se restableció, dió órdenes para formar una hermosa caballería, y emprendió el sistema de dilaciones y negociaciones para ganar tiempo.»

Bolívar Dictador.

«Las dificultades crecían, el ejército español se fortificaba, y a la petición de catorce mil hombres, mil llaneros, dos millones de pesos y otros recursos que Bolivar pedía a Colombia, contestaba Santander que daría cuenta al Congreso, y que Colombia estaba amenazada por Agualongo.

«El Gobierno peruano no halló más recurso que retirarse de la escena, invistiendo a Bolívar del poder dictatorial.»

La traición peruana.

«Más el Presidente Torre Tagle, con el General Portocarrero y lo más granado de Lima, se pasaron a los españoles, *maldiciendo a Bolivar y a Colombia*, y la capital fué ocupada por los españoles (27 de Febrero).

«No tardaron dos meses sin que el genio de Bolívar tuviese concentrado un ejército de nueve mil quinientos hombres en Pasco. La Mar mandaba las tropas peruanas; Jacinto Lara y José María Córdova las dos divisiones co-

lombianas; el argentino Necochea la caballería; Sucre era el General en Jefe y Santa Cruz el Jefe de Estado mayor». (*Compendio de la Historia de Colombia*, por José Joaquín Borda, pág. 172).

«Los preludios de guerra civil que en tan azarosas circunstancias dividieron a los mismos patriotas en bandos rivales y enconados; el desánimo en que al golpe de tantos infortunios cayeron muchos partidarios de la independencia, arrastrando a un gran número de ellos hasta el oprobio de la deslealtad, y el vigor que comunicaron a las huestes que defendieron la autoridad de la Metrópoli: todo hacía desesperar de la independencia del Perú... En medio de tan desconsoladora perspectiva el Libertador Bolívar aparece cual iris de unión y nuncio de victoria, y sustentando el ánimo enflaquecido de los buenos patricios, levanta al país de la postración en que se encontraba abismado. Su estrella brillante le sigue en la campaña del Perú, como le había favorecido en la cruda guerra de Colombia: conjuró la discordia, reúne en torno al pendón de la libertad a los patriotas que supieron resistir al torbellino del desaliento: emprende su marcha sobre un enemigo ensoberbecido por dos años de victorias, a la cabeza del ejército unido libertador compuesto de los fieles soldados del Perú con los bravos vencedores de Carabobo, de Pichincha y demás inmortales combates de la guerra colombiana; y la primera hazaña de este valeroso ejército es la victoria de Junín». (*Corona Fúnebre del General Necochea*, pág. 15).

Honores al Ejército de Colombia, después de la victoria de Ayacucho.

«El Congreso peruano, lejos de aceptar la premiosa renuncia del Libertador, dió más amplitud a sus poderes. A Sucre le dió el título de Gran Mariscal de Ayacucho, con una recompensa de $ 200,000 y la hacienda de Huaca, en el Chancay. Votó, además, acciones de gracias a Colombia.»

La liberación de Bolivia.

«Después de la batalla de Ayacucho, Sucre había marchado al Cuzco y no quedaban más que las fuerzas del General Olañeta en Bolivia. Sus tropas huían a medida que el

ejército invencible se acercaba y derrotado (1.º de Abril) por los mismos tránsfugas de su partido, cayó herido, y poco después murió. El 3 del mismo mes llegaba Sucre al Potosí, y en sus heladas cumbres flameaba la bandera de la República». (*Compendio de la Historia de Colombia*, por José Joaquín Borda, pág. 172; Bogotá, 1890).

«Libres de los temores de una nueva invasión española, los peruanos principiaron a sufrir con impaciencia la carga de mantener costosos aliados; y aunque las tropas colombianas observaban la más estricta disciplina, sus maneras y costumbres nacionales eran sumamente diferentes y opuestas a las de los peruanos...

«Por un largo tiempo antes de estas ocurrencias, había existido un espíritu anti-colombiano, y éste dió origen en aquella ocasión a la formación de un partido fuerte; al disgusto se sucedió el descontento manifiesto, y a éste una abierta oposición. *Se descubrió una conspiración, que, según se dijo, tenía por objeto el asesinato de Bolívar y la expulsión de los colombianos*». (*Memorias del General Miller*, tomo 3, pág. 186).

Honores e insultos a San Martín.—Expulsión de los libertadores argentinos y chilenos.

Y pués, él te levanta un monumento
la gratitud le dé su cumplimiento:
tus hijos en sus pechos
esta inscripción tendrán por distintivo:
de *San Martín, la Libertad recibo,*
y mis justos derechos.

José M. Valdés, (1821).

Gloria eterna demos
al héroe divino,
que nuestro destino
cambiado ha por fin.

Su nombre grabemos
en el tronco bruto,
del árbol que el fruto
debe a San Martín.

Juan A. Ugarte, (1821).

«A fines de 1821, al medio año de libertada Lima, se descubrió una conspiración contra San Martín». (*Historia de Colombia*, por Carlos Benedetti, pág. 737).

«Es probable que San Martín supiese ya en Guayaquil que *los limeños se habían dirigido a Bolívar pidiéndole socorros* contra los españoles y *«contra el Protector»*. (*Compendio de la Historia de América*, por J. Meza y Leompart, tomo II, pág. 256, París y México, 1911).

«El ilustre general San Martín que halló contradicciones en Lord Cochrane, disidencias con su noble émulo el Libertador Bolívar, *e ingratitud en los peruanos* que habían derribado el Gobierno que él creó, sólo deseaba dimitir el poder en manos de la representación nacional». (*Historia de Bolivia*, por Luis M. Guzmán, pág. 51).

«Todos los naturales de Buenos Aires y de Chile residentes en el Perú, recibieron orden del consejo de Gobierno, para presentarse en la capital; y los generales Necochea y Correa, los coroneles Estomba y Raulet y muchos comerciantes de la mayor consideración, entre los cuales estaba don Juan José Sarratea, conocido por su patriotismo y pureza de intenciones desde el principio de la revolución de Buenos Aires, recibieron la orden de salir del territorio peruano.

«Indignado Necochea con aquella resolución, envió su despacho de general del Perú, y algunos créditos por recompensa de servicios pasados, manifestando que no *llevaría nada consigo del Perú sino sus heridas*». (*Memorias del General Miller al servicio de la República del Perú*, tomo 3, pág. 188).

Algunos de los puntos de las instrucciones de Riva-Agüero a Iturregui enviado a Chile y Buenos Aires a tratar con el general San Martín:

10. Concluída su misión en Chile, que será lo más pronto que sea posible, pasará velozmente a la ciudad de Mendoza. Allí se verá con el E. S. General don José de San Martín; le entregará los pliegos que conduce para S. E., y le dará iguales ideas de todo lo ocurrido y de la firmeza del Perú y del Presidente Riva-Agüero *para oponerse a la felonía y agresión de Colombia.*

11. Dirá de palabra al señor San Martín que es llegado el tiempo de que regrese al Perú a lavar la afrenta que se

le ha inferido *por esa horda de bandidos, sin honor, ni fuerzas, etc.*»

San Martín, un pícaro, dice el ex-presidente del Perú.

«Señor don Casimiro Zubiate.—Santiago 27 de Abril de 1829.—Mi querido amigo:—Tomo la pluma para participar a Ud. y demás patriotas que los farsantes de la logia de Luna Pizarro, unido con otros de los perversos, al frente de ellos Rivadeneira, que supongo es agente principal de la intriga, llamaron hace año y medio, a San Martín, para que viniera a ponerse a la cabeza del Perú. San Martín ha llegado, pues, a Montevideo, y pasa inmediatamente al Perú probablemente por el Cabo. Ese pícaro siempre astuto admitió la propuesta, pero disfrazándola con que desempeñaría el empleo de generolísimo de mar y tierra.

Esto en una palabra, que viene a coronarse según su proyecto antiguo, es regular haya ofrecido la presidencia a Rivadeneira como digno del lugar de Tagle.

En fin, sea que San Martín se corone o que venga, al Perú Bolivar, o algún otro de Europa, lo efectivo es que él va a asesinar a todos los patriotas porque él no puede considerarse seguro con ellos ni con los jefes y oficiales peruanos. El ejército será mandado por mercenarios y asesinos, y el país acabará por deplorables tragedias. Para impedirlas y lo que es más para salvar nuestras vidas no queda sino ilustrar la opinión pública del Perú...

RIVA-AGÜERO.»

Honores a Bolívar.

«Bolívar fué recibido en el Cuzco con las más vivas demostraciones de alegría. Todas las gentes le rindieron homenajes, y las damas le presentaron una guirnalda de oro esmaltada de diamantes. Bolívar, en quien no cabía la envidia, la puso en las sienes de Sucre, y éste la mandó a Colombia, en cuya capital se conserva junto con el manto de la esposa de Atahualpa». (*Compendio de Historia de Colombia*, por José Joaquín Borda, pág. 172).

«Recibido por doquiera en su viaje al Cuzco con entusiasmo y alegría, el Libertador era obsequiado con regalos o festines sin número. La admiración que por él se tenía en este país, había llegado a tal punto por esta época, que en las misas en acción de gracias por haberse obtenido la libertad e independencia del Perú, tanto en Lima como en las demás ciudades de la República, al tiempo que media entre la epístola y el evangelio, se cantaban estos versos:

De ti viene todo
Lo bueno, Señor;
Nos diste a Bolívar,
Gloria a ti, Gran Dios.

Lo futuro anuncia
con tal precisión,
que parece el tiempo
ceñido a su voz.

———

¿Qué hombre es éste, cielos,
Que con tal primor,
De tan altos dones
Tu mano adornó?

De ti viene todo
Lo bueno, Señor;
Nos diste a Bolívar,
Gloria a ti, Gran Dios.

(*Historia de Colombia*, por Carlos Benedetti, pág. 730; Lima, 1887).

Si en Colombia tu gloria escribía
con su mano la fama inmortal,
¿con qué letras notará este día,
en que acabas al genio del mal?
No hay laurel ni guirnalda que cuadre
al amigo de la humanidad
al que llama la Patria su padre,
y es deudora de su libertad.

Ya levanta orgulloso la frente
el Perú que gimió en la opresión.
Es ya libre todo el continente:
loor eterno al invicto Simón.

Ayacucho admiró a los valientes
adalides, progenie del sol,
sangre impura verter en torrentes
del injusto feroz español.

Sus caudillos el cuello doblaron
ante Sucre, y la Patria entonó
Libertad, Libertad, ya acabaron
Los tiranos, su imperio expiró.

Filadelfia se goce en buena hora
de ser libre por su Washington.
que Colombia, y Perú se decoren
con tu nombre tan sólo Simón.

No hubo en el norte contrarios internos,
y sin ellos al anglo venció;
mas tu brazo enemigos externos
y enemigos internos domó.

Si en Colombia tu gloria escribía
con su mano la fama inmortal,
¿con qué letras notará este día,
en que acabas al genio del mal?

No hay laurel ni guirnalda que cuadre
al amigo de la humanidad,
al que llama la Patria su padre,
y es deudora de su libertad.

¡Salve! ¡salve, Bolívar ilustre!
¡Oh sostén de Colombia y Perú!
Si ambos han recobrado su lustre,
¿qué otro apoyo han tenido que tú?

Otros brazos tentaron en vano
redimirnos de la esclavitud,
más el cielo benigno a tu mano
solamente donó tal virtud. (1)

«De su vuelta de Bolivia, el Libertador pasó para Lima el 10 de Enero (1826), y entró, como otras veces, excitando el entusiasmo y alegría de sus moradores. Habiéndosele dicho en uno de tantos discursos de felicitación, que él era el hombre llamado para ponerse a la cabeza de la nación,

(1) *Lira Patriótica del Perú;* Lima, 1853.

tomó al general La Mar del brazo, le hizo sentar en el sitial que él ocupaba, y dijo: «Este es, señores, el hombre digno de mandar al Perú». (*Resumen de la Historia del Ecuador*, por Pedro Fermín Cevallos, tomo IV, pág. 144).

«Después de dado el decreto en que se concedía a Bolívar el título de Padre y Salvador del Perú, y se disponía la erección de monumentos que perpetuasen la memoria de sus acciones ilustres, decretó también una acción de gracias a la República de Colombia por los servicios prestados a su amiga y confederada; otra a su Senado y Cámara de Diputados por el permiso que concediera al Libertador para que pasase al Perú, y por auxilios que dieron a este pueblo; y en fin, otra al ejército». (*Resumen de la Historia del Ecuador*, por Pedro Fermín Cevallos, tomo IV, pág. 107).

«Difundida en Lima la voz de la partida del Libertador se agolpan asustados en su palacio, empleados, corporaciones y pueblo juntamente, y piden, ruegan y gritan que no los deje. Bolívar les contesta con gratitud, pero insiste firme en su propósito, manifestando que le llamaban las disensiones levantadas en su patria y la obligación de atender a sus conflictos. Preséntanse luego reunidas unas cuantas matronas y unas cuantas hermosas de lo más florido de Lima, y Bolívar sin poder resistir a tanto hechizo, les esperanza con que se quedará.

«Por obra de esta popularidad debe tenerse que al día siguiente, 16 de Agosto, se reunieron los electores de la provincia de Lima y aceptaron por unanimidad la adopción del código boliviano pendiente hasta esa fecha, y que Bolívar llegara a ser el Presidente vitalicio...

«Pagadísimo, más que con los títulos de *Presidente vitalicio y Padre y Salvador del Perú*, quedó Bolívar con que hubiesen acogido sus producciones políticas, la obra, a su juicio, más cabal de las instituciones humanas, y única con la cual se habrían vinculado acertadamente los intereses del gobierno con los de los gobernadores. Afianzada así su obra, se resolvió a salir del Perú, y después de dadas una gran fiesta cívica y una proclama de despedida, se embarcó en el Callao el 3 de Septiembre y tomó el rumbo para Guayaquil.

«Meses después, quedó de todo en todo relegadas tal constitución, y el *Padre y Salvador del Perú*, que la había dado, fué calumniado como nunca, y profundamente aborrecido y hasta escarnecido». (*Resumen de la Historia del Ecuador*, por Pedro Fermín Cevallos, pág. 175).

«La independencia del Perú fue ganada únicamente con la ayuda de los extranjeros. Era la flota de Lord Cochrane, de la cual casi todos los buques fueron comandados por los ingleses, que cortando comunicaciones de los españoles aseguró el éxito de la insurrección. El empréstito contratado en Londres, y las armas y municiones enviadas de Inglaterra habilitaron a los patriotas para continuar la guerra. El papel de los auxiliadores ingleses consistía esencialmente en ganar las victorias de Carabobo y Pichincha, que establecieron la independencia de Colombia y Quito; y el ataque del general Miller fué la causa de la victoria de Ayacucho. Tal era el papel de los ingleses, y las tropas de Colombia y Chile formaban la principal parte numérica del ejército que libertó a los peruanos.

«Sin embargo, tan pronto como se vieron libres, un sentimiento morboso de celos contra los hombres que les dieron la libertad principió a notarse entre los peruanos. Una prisa indecente fué desplegada, embarcándose los voluntarios colombianos, y el gobierno del vecino país de Bolivia a la cabeza del cual iba el general colombiano Sucre, con una pequeña guardia de seguridad de sus compatriotas, aguijoneó el celo de los gobernadores del Perú». (*Cuzco and Lima*, por Clements R. Markham, pág. 327).

LA GUERRA CONTRA SUS LIBERTADORES

«Así puede jactarse el bandolero Bolívar de que le deben la vida los que no ha podido tener a su alcance». (*La Prensa Peruana*, 20 de Noviembre de 1828).

«Los colombianos son bárbaros que han insultado la humanidad hasta el exceso». (Idem, 9 de Diciembre de 1828).

«El aborrecimiento de los peruanos a los colombianos es tan grande y quizás más unánime que el que antes profesaban a los españoles». (*Memorias del General Miller al servicio de la República del Perú*, tomo 3, pág. 212).

Los peruanos expulsan a sus libertadores.

«Los soldados colombianos estaban cansados ya de oir todos los días al pueblo de Lima gritar: «¡Mueran los colombianos!» y este descontento de tropas, por tanto tiempo contenido, no tardó en estallar». (*Compendio de la Historia de América*, por J. Meza y Leompart, tomo II, pág. 391).

«El Perú recibió la libertad de mano de sus antiguos opresores y abandonó a Bolívar para siempre. Sin que los colombianos interviniesen de ningún modo, el cabildo y los notables se reunieron en Lima, derribaron el Ministerio, pusieron a Santa Cruz a la cabeza del gobierno (27 de Enero); emitieron algunas dudas acerca de la legitimidad del Código boliviano, y convocaron una asamblea constituyente (1.º de Mayo) que anuló inmediatamente la elección de Bolívar y rechazó (4-11 Junio) la constitución boliviana. No se habían realizado aún estos últimos acontecimientos cuando Santa Cruz, presidente interino, embarcó a toda prisa (Marzo) las tropas sublevadas para enviarlas a lo que se llamaba la provincia del Sur de Colombia.

«El Perú olvidó muy pronto a los héroes colombianos que lo libertaron y poco después tuvo el conflicto armado contra sus libertadores. Los peruanos eran tan ingratos que molestaron a sus libertadores, aún cuando ellos se encontraban todavía en territorio peruano. Los colombianos, que fueron recibidos con los brazos abiertos en el Perú, como libertadores, después, a causa de los inconvenientes

por parte de los peruanos, tenían que evacuar a Arequipa, no dejando ni un soldado enfermo en el hospital, pues el general Figuerero encontró mulas para transportarlos. Y él tenía mucha razón, pues los peruanos eran capaces de matar a los enfermos y talvez comérselos, como después hicieron con sus presidentes, los hermanos Gutiérrez. Naturalmente que los libertadores colombianos, ofendidos, dejando a Arequipa, exclamaban: «¡Viva la Patria! ¡Muete a los peruanos!»

Expulsión de Sucre y sus compatriotas de Bolivia.

«Sucre había sido nombrado presidente vitalicio de Bolivia, y la primera medida tomada por La Mar fué alterar todos los arreglos hechos por Bolívar en aquel país». (1) (*Historia del Perú*, por Clements R. Markham, pág. 193).

«El general Agustín Gamarra se situó con un fuerte ejército al sur del Perú, y sopló de allí la sedición sobre Bolivia con descaro: en la prensa de Tacna se estableció un diario «El Fenix», con el designio desembozado de atacar la administración Sucre. Corrían agentes por los Departamentos y los cuerpos militares bolivianos y colombianos. Semejante plan, sostenido con el oro y la constancia, debía obrar naturalmente sobre los ánimos y causar efectos de explosión.» (*Administración del General Sucre*, por Jorge Mallo, pág. 63, Sucre, 1871).

«A pesar de que el Perú había reconocido la independencia de Bolivia, estaba ansioso para obtener cierto territorio, que se limitó con el Perú en el sur. El 9 de Abril de 1827, el Ministro peruano dejó La Paz, y luego después un ejército peruano, bajo el mando del general Gamarra, apareció en la frontera de Bolivia». (*Three Years in the Pacific*, by an officer of the U. S. Navy, pág. 175).

«El general Sucre, advertido por estos sucesos de la necesidad de hacer que volvieran a su patria, las tropas colombianas, activaba sus transportes, cuando fué sorpren-

(1) «El Perú continuaba en su intento de anexarse las provincias meridionales de Colombia, así como también el territorio de Bolivia, para lo cual había destinado dos ejércitos». (*Compendio de Historia de Colombia*, por Joaquín Borda, pág. 193).

dido por la noticia de la sublevación del batallón Voltíjeros, ocurrida en La Paz la noche del 25 al 26 de Diciembre de 1827.

«Había en aquella ciudad una guarnición de 1,500 hombres. El general La Mar, Presidente del Perú, había destacado un ejército de observación, fuerte de 4,000 soldados sobre la ciudad de Puno, al mando del general D. Agustín Gamarra, con el objeto de provocar la expulsión de las tropas colombianas, y de derrocar la constitución vitalicia, impuesta por el Libertador». (1) (*Historia de Bolivia*, por M. Guzmán, pág. 71).

«Una conferencia franca y circunstanciada que tuvo Sucre con Gamarra a las márgenes del Desaguadero (2) había dejado a este satisfecho, y convinieron los dos capitanes en que retirarían sus tropas. El Mariscal Sucre, siempre cumplido en sus compromisos, retiró efectivamente las suyas; mas no el general Gamarra, cuyos proyectos, a lo que parece, tendían a engrandecer el Perú a costa de Bolivia y de los departamentos meridionales de Colombia». (*Resumen de la Historia del Ecuador*, por Pedro Fermín Cevallos, tomo IV, pág. 304).

«El 18 de Abril de 1828, la guarnición de Chuquisaca, la capital de Bolivia, se amotinó, debido a las intrigas y maquinaciones del general peruano. Esta guarnición consistía solamente de cincuenta hombres, sin embargo, bastaba

---

(1) »La Mar envió al general Gamarra con una fuerza de 5,000 hombres a la frontera boliviana para exigir se nombrase un nuevo Presidente que sustituyese a Sucre, para que todas las tropas colombianas abandonasen Bolivia, y que el Congreso formulase una nueva Constitución que reemplazase a la dictada por Bolívar. Sucre se vió obligado a aceptar estas imposiciones, lo cual fué causa de un levantamiento en Chuquisaca y al tratar de sofocarlo fué herido en un brazo. Gamarra cruzó la frontera bajo pretexto de prestarle auxilio, y entró a La Paz el 28 de Mayo de 1828». (*Historia del Perú*, por Clements R. Markham, pág. 193).

(2) «Llegaron al punto señalado el 1.º de Febrero de 1828. La entrevista aunque sin efecto alguno, dió lugar a diversas conversaciones; el gran Mariscal tuvo la ocasión de repetir al aspirante encubierto, que su retiro a Colombia después de la reunión del próximo Congreso Constitucional, era irrevocable; expresión familiar para él porque la repetía constantemente en todas partes». (*Administración del General Sucre*, por Jorge Mallo, pág. 63).

para derrocar al gobierno». (1) (*Three Years in the Pacific*, by an officer of the U. S. Navy, pág. 175).

«Las comunicaciones con el general Gamarra del sargento Grados (que se fugó de La Paz al Perú), y de quien pedía auxilio, y las órdenes de las autoridades peruanas, para facilitar a los facciosos el paso del Desaguadero, son pruebas irrecusables de la participación de aquel general en el motín del 25 de Diciembre.

«Gamarra, a pesar de hallarse a la cabeza de un ejército, doble en número y bien disciplinado, *prefirió la seducción a una victoria*. La noche del 26 de Mayo, un teniente Ansaldo, del batallón N.º 1, anticipando la hora de la traición a causa de su embriaguez, sacó a formar a media noche dos compañías bala en boca; distribuyó dinero entre los soldados, y mandó dar aviso al mayor Montenegro de lo que hacía, el cual no tardó en presentarse». (*Historia de Bolivia*, por Luis M. Guzmán, pág. 77).

«Gamarra, al saber del otro motín (de Chuquisaca), dijo que venía a ponerse entre las víctimas y entre los sacrificadores, movilizaba su ejército sobre Bolivia, para invadirla y suprimir así la persona del gran Mariscal.

«A mérito de este motín, la espada de Ayacucho, que diera libertad a todo un mundo, cayó ensangrentada de la diestra victoriosa de este héroe, para ser villanamente hollada por esos mismos que le debían su libertad, y que extraviados por un vértigo infernal, tornaban *ingratos sus armas contra el Padre de la Patria*.» (*Historia de Bolivia*, por Luis M. Guzmán, pág. 71).

«Aquel que iba a ponerse entre la víctima y el asesino hizo suyo de propia autoridad todo cuanto encontraba en su tránsito de las rentas fiscales, y las prendas que de al-

---

(1) «Tan luego como el general Gamarra supo este acontecimiento, discurrió que ya no tenía por qué reservar sus intentos, y tomó la resolución de invadir el suelo de Bolivia, *por asegurar*, dijo, *la vida del Gran Mariscal de Ayacucho, que para los peruanos es del más grande aprecio*, y librar a esa República de la anarquía que la amenazaba. Metido ya con los cinco mil hombres de que se componía su ejército de observación, publicó una tras otra proclamas contra el gobierno que había aparentado proteger.» (*Resumen de la Historia del Ecuador*, por Pedro Fermín Cevallos, tomo IV, pág. 305).

gún modo pertenecían al estado. Libró despachos a su nombre para prefectos y demás empleados departamentales. El aspecto de este transcurso de sucesos, era la deshonra de la civilización, y cubría de ignominia a los actores, que ejecutaban tal escándalo con el cinismo más descarado.» (*Administración del general Sucre*, por Jorge Mallo, pág. 70).

«Gamarra, que mandaba en el Sur, se ganó con dádivas la división colombiana que sostenía a Sucre en La Paz, la cual proclamó el Gobierno Peruano, aunque pronto fué contenido el motín. Prometiendo amistad, sedujo Gamarra a las tropas de Chuquisaca y logró que renovasen la escena de La Paz. Sucre salió a contenerlos, y los miserables hicieron fuego sobre él, y rompieron el brazo que en Ayacucho había cortado la última cadena de España.

«En seguida le redujeron a prisión junto con sus Ministros. Uno de ellos, que se escapó, Facundo Infante, reunió las otras tropas y venció a los rebeldes. Gamarra, continuando en su papel, anunció que iba a proteger a Sucre, y sólo fué a inundar con tropas peruanas a Bolivia. Cuando hubo hecho esto, declaró que emprendía la tarea de libertar el Alto Perú del Gobierno *extranjero*. Imposibilitado Sucre para mandar el ejército, confió el gobierno a su Ministro Urdininca, quien perdió en breve el ejército, hasta que hubo de capitular con el peruano, quedando Sucre separado del mando y los colombianos expulsados de Bolivia». (*Compendio de Historia de Colombia*, por José Joaquín Borda, pág. 193).

«El fratricidio de Caín, manchó por vez primera la tierra con sangre inocente, y esta fatídica simiente ha producido después la exhuberante cosecha de luchas armadas que han ensangrentado la humanidad. El parricidio de Sucre, ensangrentó el suelo de esta patria nueva; y su sangre, cual si fuese la que emponzoñó la túnica de Neso, es la causa de esa rabiosa fecundidad con que la guerra civil, todavía nos regala sus horrores». (*Historia de Bolivia*, por Luis M. Guzmán, pág. 71).

«Aquel que dijo que venía a ponerse entre las víctimas y el asesino, que la persona del gran Mariscal era sagrada

para los peruanos, lo primero que exigió en las bases de transacción fue la expulsión del Gran Mariscal y de todo colombiano de graduación militar». (*Administración del general Sucre*, por Jorge Mallo, pág. 70).

«El 2 de Junio se firmó en Piquiza el tratado de Paz entre el Ministerio boliviano y Gamarra, por el cual se aceptaban las condiciones impuestas por La Mar. El general Sucre dimitió el poder en Septiembre y se embarcó en Arica (1) para Guayaquil.» (*Historia del Perú*, por Clements R. Markham, C. B., F. R. S., pág. 193).

«Aunque Sucre había sido elegido Presidente de Bolivia por el voto espontáneo del pueblo, y aunque su propuesta para retener dos mil hombres de tropas colombianas por espacio de dos años, fué también concedida por el Congreso, con todo se originaron diversas circunstancias que indugeron a los bolivianos a desear acelerar la marcha de sus libertadores. *La violenta expulsión de los colombianos era una medida que los bolivianos podían haber emprendido bajo su propia cuenta y riesgo, pero en el cual el gobierno de Lima no tenía más derecho de intervenir. La indiscreta medida de enviar tropas a las órdenes de Gamarra para ayudar a los descontentos de Bolivia, no hace honor al gobierno de Lima.*

«Sucre hizo una valerosa resistencia, y aún después de haber recibido una herida peligrosa en el brazo, continuó con doble energía; y lidiando por sus derechos cedió el terreno a palmos, hasta que abandonado y cediendo al número, capituló y se embarcó para su propio país. Así cayó el vencedor de Ayacucho; pero su caída del mando y del poder, aunque forma un curioso comentario de su título de *Presidente Vitalicio*, va acompañado de una dignidad y un proceder digno de su elevado carácter.» (*Memorias del General Miller*, tomo 3, pág. 214).

«Reunidos los plenipotenciarios en Piquiza, punto situado a dos leguas de Siporo y diez de Potosí, acordaron con fecha 6 de Julio de 1828, que en un estrecho plazo evacuarían el territorio de la República los naturales de

(1) Se embarcó en Cobija». (*Three Years in the Pacific*, pág. 175).

Colombia, y generalmente todos los extranjeros que hubiese en el ejército; que se reuniría, sin tardanza, el Congreso con el objeto de recibir el mensaje y admitir convocar una Asamblea que revisase la constitución del Estado; y que elegido el nuevo Presidente de la República se fijase que el ejército peruano, evacuaría el territorio de Bolivia.

«Objeto de calificaciones más o menos acerbadas, hijas del patriotismo, o dictadas por miras personales, han sido, las estipulaciones de Piquiza. El señor Cortés, en su ensayo sobre la Historia de Bolivia, las llama un *ajuste vergonzoso*, en que si se había abusado de la fuerza por un lado, se había concedido demasiado por el otro». (*Historia de Bolivia*, por Luis M. Guzmán, pág. 77).

«Sucre, aunque todavía en mal estado de su herida; se ausentó en seguida de regreso a Colombia por la vía del desierto entonces de Cobija.

«Sea doloroso para ahora, y para la posteridad; pero es necesario, decirlo; Bolivia presentó entonces el triste ejemplo y la prueba de la ingratitud que se halla en los pueblos respecto de sus benefactores. Vimos aquí salir del país sin más comitiva que un edecán, y un criado, y sin los recursos indispensables aun para su viaje, al personaje rebajado del lugar culminante que entre los sud-americanos, conquistó con su valor y sus servicios en los campos de batalla, con sus felices concepciones en el bufete, su cultura y su acrisolada honradez en la sociedad. Vimos salir de esta ciudad desatendido y expuesto a los insultos al filósofo guerrero, que marcó una era eminente entre los del mundo civilizado con el complemento de la Independencia americana en Ayacucho, al creador de Bolivia, su fundador, y su primer Presidente constitucional; al que con lecciones asiduas de su veneración santa a las leyes, y el respeto a los hombres, y a sus derechos, como genio tutelar hizo amables, libertad, orden y patria, por en medio del valladar que le opusieron las fuertes impresiones de la educación colonial, que él desencajó». (*Administración del general Sucre*, por Jorge Mallo, pág. 75).

«Sucre vino al Callao, el 13 de Diciembre, donde permaneció veinticuatro horas, *pero no le fué permitido desembarcar*.

Allá sus heridas fueron cuidadas por un médico de la Fragata de los E. U. «Brandywine», y ofreció sus buenos oficios entre el gobierno del Perú y de Colombia, que estaban en guerra, con la esperanza de restaurar la paz sin uso de las armas. El 14 salió por mar, para Guayaquil.» (*Three Years in the Pacific*, by an officer of the U. S. Navy, pág. 175).

Elogios e insultos a Sucre.

«El general Sucre ha recorrido tres veces todo el interior por donde han pasado, podido, o debido pasar los cuerpos, y sacrificando todos los momentos de su existencia en este tiempo, ha vencido cuantas dificultades pudieron oponer los desfiladeros, las cordilleras, las punas, y toda la fragosidad de la serranía, de modo que puede asegurarse que el general Sucre ha llegado donde jamás tocó planta humana. El se ha olvidado muchas veces de que era general por acordarse únicamente que era un soldado, un patriota, un amigo del Perú, un americano». (*Al Congreso de* 1847, a los verdaderos patriotas amantes del honor Nacional y a la posteridad, se dirige este opúsculo, pág. 4).

«La administración de Sucre fue un dechado de moderación y de pureza, que ni de lejos han podido copiar después los gobiernos que le han sucedido». (*Historia de Bolivia*, por Luis M. Guzmán, pág. 69; Cochabamba, 1888).

«Al regresar a Colombia, Sucre traía otra recompensa del Perú y Bolivia: un brazo roto, el mismo brazo que firmó la capitulación de Ayacucho y que puso término a la guerra de la independencia americana. Iba, además, sumamente disgustado al ver la ingratitud de los hombres, pues, nutrido su espíritu, lo mismo que el del Libertador, con las ideas filosóficas del siglo XVIII, creía que el bien se obtiene por el bien». (*Historia de Colombia*, por Carlos Benedetti, pág. 803).

«El general Sucre arrancó con sus bayonetas y con su intriga el título de gran ciudadano, sin lo cual no podía ser Presidente según la ley, y para esto le valió el título de la batalla que se dió en el Perú bajo, en Ayacucho. ¡Pero Infante!

¿Cómo era que estaba al frente de todos los Ministros? ¡El primero, el Presidente de los Ministros, la llave y el muelle real de toda la máquina a un extranjero! Agréguese a esto, que era un extranjero español; del país con quien estábamos precisamente en lucha, y que aún pretendía sus derechos sobre la América. El no era libertador, él lejos de haber querido pelear por la libertad, vino a pelear por la esclavitud del país, y lo prueba bien eso, porque no se fué a Buenos Aires, Colombia u otra República de las que combatían por la libertad. Es verdad que era del bando de españoles constitucionales, pero así lo eran todos los capitulados en Ayacucho. Eh bien, después de esto, ¿con que derecho fué nombrado Ministro cuando la ley fundamental prohibe se emplee el que no es ciudadano nacido en el país o tenga el tiempo para adquirir esta prerrogativa? He ahí el primero, el gran decreto de la pasada administración traspasando una ley.

«Desengañémonos: aquí no había más ley que la subordinación a Bolívar, y a los caprichos de la facción colombiana». (1) (*El Nacional*, de Bolivia.—*La Prensa Peruana*, 2 de Enero de 1829).

Los peruanos invaden la tierra que les dió la libertad.

«Como el general La Mar había sido elegido Presidente del Perú, había despedido de Lima al encargado de negocios de Colombia y de Bolivia, suponiendo que tramaba conspiraciones contra su gobierno, y dos ejércitos peruanos se organizaron en Piura y Puno para invadir a ambas Repúblicas de Colombia y Bolivia. Al mismo tiempo se trataba por agentes del Perú de sublevar las tropas colombianas que existían en esta última República. (2)

«El gobierno peruano mientras tanto, había tenido cuidado de enviar a Bogotá un comisionado que pudiera calmar toda sospecha por sus procedimientos.

---

(1) «General Sucre, para mentir se necesita memoria.» (*La Prensa Peruana*, 6 de Noviembre de 1828).

«Tenéis razón general Sucre, de considerar como un cadáver al Alto-Perú. Murió para vos y para siempre». (Idem).

«Asesinos en la guerra de la revolución han sido el general Sucre y su amo el general Bolívar». (Idem. 20 de Noviembre de 1828).

(2) «El Perú se levantó, eligió a La Mar en lugar de Bolívar, como Presidente, y principió, en 1829, con una incursión al Ecuador, la guerra contra sus libertadores». (*Meyers Konversations Lexicon*, tomo 13, pág. 711).

«El 11 de Febrero se había presentado en la capital don José de Villa, con el carácter de enviado extraordinario y Ministro Plenipotenciario del Perú cerca del gobierno de Colombia, al que se había anunciado ser su misión el satisfacerle de los agravios de que se quejaba contra el Perú. Recibido Villa, anunció los deseos que tenía de saber los agravios de que se quejaba el gobierno de Colombia para satisfacerlos y estrechar las relaciones de ambos países. El Ministro de Relaciones Exteriores los redujo a 8 capítulos. Contestando Villa que tenía instrucciones para satisfacer estos cargos, menos el primero y último (devolver la provincia colombiana de Jaen y Mainas y liquidar y fenecer las cuentas de los suplementos hechos por Colombia al Perú para conseguir su independencia), empeñó un largo debate tanto en notas como en conferencias que duró cuatro meses. En nada se había convenido cuando se tocó la cuestión de los reemplazos del ejército colombiano auxiliar del Perú, conforme al convenio celebrado en Guayaquil en Marzo de 1823. Negando Villa la existencia de este documento, al presentársele tuvo la imprudencia de alegar que no era válido, porque el enviado peruano que lo ajustó no había sido nombrado con la aprobación del Congreso, según los trámites constitucionales. Viéndose entonces, por la credencial de Villa, que tampoco había sido nombrado con acuerdo del Congreso peruano, se le desconoció en su carácter de Ministro Plenipotenciario y se le acompañó su pasaporte, que ya el mismo Villa había pedido. Pero esto se hizo demasiado tarde. Ya Villa había logrado el objeto de su gobierno, esto es, adormecer al de Colombia y preparar la rebelión que debía estallar en su propio territorio». (*Historia de Colombia*, por Carlos Benedetti, págs. 781 y 804; Lima, 1887).

Algo parecido sucedió con la misión de Lavalle antes de la Guerra del Pacífico, pero el gobierno chileno salvó la situación gracias a su energía.

«En el Perú, el Presidente La Mar dirigió sus armas contra Colombia, con el objeto de anexar Guayaquil al Perú. ¡Tan corto tiempo les bastó para olvidar estos republicanos, que combatieron juntos en Ayacucho, para pelear después como bestias feroces!» (*Cuzco and Lima*, por Clements R. Markham, pág. 327.)

«Pareció un acto de candor, en aquel tiempo, ver practicada la idea de invadir éstos la tierra de sus Libertadores: los unos que en toda la guerra de la independencia no obtuvieron un triunfo siempre que empeñaron sus armas peleando sin aliados; los otros que en el corto transcurso de unos pocos meses, destrozaron las falanjes vencedoras de catorce años, y que consumaron definitivamente la libertad del Perú. (*Administración del General Sucre*, por Jorge Mallo, pág. 77.)

Las proclamas contra Bolívar.

«La Mar en lugar de reducir el ejército activo y con esto armonizar expensas con recursos públicos, neciamente lo aumentó a 12,000 hombres, número que absorbió todas las rentas y dió lugar a toda clase de opresiones y extorsiones.

«Sin embargo, pronto se vió, que estas medidas eran preparativos para las hostilidades actuales, para las cuales las amenazas de Colombia podían dar un pretexto, *pero en que los peruanos aparecían haber sido los agresores.*

«En una furiosa proclamación dada por el General La Mar, hecha en Tambo Grande, 12 de Octubre de 1828, él intentó culpar por la agresión al Libertador personalmente, a quien señalaba con infamia como «el enemigo jurado de la independencia peruana, el violador de los derechos nacionales, el único hombre que proclamaba el despotismo en el continente de América.» «El General Bolívar», continúa el Presidente del Perú, dirigiéndose a sus soldados, «se atrevió a declararnos la guerra, su presencia en la frontera tenía que servir como señal para el combate. Uds. van a derrocar a los arrogantes esclavos que lo acompañan en tal fratricida empresa; Uds. vengarán los ultrajes a su honor los centenares de insultos contra la República» etc. En la «Gazeta de Colombia», de Noviembre 9, a causa de esta conducta La Mar es justamente calificado como «el hombre que absolutamente no merece ser el jefe de una nación.» Llamar tirano al que dió la libertad al Perú y acusando por la agresión a Colombia y Bolivia, cuando la ocupación de la última y de nuestras fronteras por las tropas peruanas es tan reciente, es la inmoralidad más grande que un Gobierno puede cometer. Podemos asegurar que contra bien conocidas intenciones del Perú, para ocupar Bolivia, el General Su-

cre opuso solamente medidas de precaución que su deber le dictó; y podemos claramente desaprobar la intención que se atribuye a Colombia y a Bolivia a unirse contra el Perú, por el hecho evidente que al mismo tiempo cuando tal combinación pudiera tener lugar, nuestro gobierno considerablemente redujo nuestro ejército en el Sur.

«Uno de los más curiosos documentos que apareció en los periódicos del Perú, fué la proclamación de Riva Agüero, hecha en Santiago, el 12 de Septiembre de 1828, en la cual anunció su intención a venir en su ayuda como Presidente legítimo. En esta proclamación él se refirió a la traidora deserción de Torre Tagle y sus otros enemigos; hace ver que el Perú todavía sería español, si no fuera por el genio de Bolívar;—y dijo a los peruanos que los hombres que en aquel tiempo procuraron vender el país al enemigo común son los mismos que ahora están ocupados con la inicua lucha contra una nación guerrera. «La guerra que Uds. hacen contra Colombia es impolítica y nos cubrirá con deshonra. Las quejas personales del General La Mar no son justas causas para la guerra. El nos engaña: no confíen en sus discursos hipócritas. Envainen vuestra parricida espada.» Mr. Miller dice que era a la invitación de Riva Agüero, que Bolívar asumió el comando de las fuerzas militares en el Perú.» (*The Modern Traveller*, pág. 207.)

Unos párrafos de la Proclamación del Presidente del Perú:

«Peruanos, no hay paz con los tiranos, ni fe en sus promesas, ni otro código, que las bayonetas, ni seguridad, sino en arrojarlos por siempre de la tierra que oprimen, y cubren de luto y de dolor...

«Hagamos sentir a injustos enemigos que la virtud es el alma de nuestros ejércitos, que distingue a esos **célebres bandidos,** que aspirando a un falso y execrado heroísmo, sacrifican millares de víctimas a su ambición desenfrenada.

«Lima, 30 de Agosto de 1828.

JOSÉ DE LA MAR.»
Presidente de la República.»

«El General La Mar pagó con la más negra ingratitud y odio los honores y consideraciones que le había dispensa-

do el Libertador.» (*Compendio de Historia de Colombia*, por José Joaquín Borda, pág. 186.)

«El Prefecto del Departamento de la Libertad, a los pueblos.

«Compatriotas: Un General de Colombia acaba de subscribir una proclama, convidando los pueblos del Sud, para hacernos la guerra, llamando *facción* la masa del Perú, *y crimen atroz, insulto, sacrilegio, maldad, perfidia*, nuestra negación a ser esclavos. Aún nos insulta más: supone que nos mostramos *taciturnos e indolentes de nuestra suerte*. En su delirio ha creído que somos capaces de dejar hollar el suelo en que respira la dulce libertad...

«Trujillo, 29 de Abril de 1828.

LUIS JOSÉ ORBEGOSO.»

Luchan contra sus libertadores.

«No obstante los insultos de La Mar al Presidente de Colombia, y sus aprestos bélicos, se le envió al Coronel O'Leary, a fin de que se negociase la paz. Sordo La Mar a la voz de la justicia, continuó bloqueando a Guayaquil, y elevó su ejército de la frontera a cuatro mil hombres, que después, con las fuerzas de Gamarra, ascendió a ocho mil.» (*Compendio de Historia de Colombia*, por José Joaquín Borda, pág. 193.)

«El General Intendente del Departamento del Azuay a sus habitantes.

«Conciudadanos:—Vuestro reposo y libertad están amenazados. Los ingratos que no existieran sin los generosos sacrificios que hicisteis cuando ellos gemían esclavos, os traen en recompensa la profanación de vuestro hermoso suelo, y la destrucción de vuestras fortunas. Caudillos sin crédito, oficiales afeminados, soldados inmorales, y la pompa de una facción liberticida, son las ofrendas con que pretenden retribuir a vuestra magnanimidad. No contentos con los insultos que nos han prodigado, quieren agotar el sufrimiento nacional. ¡Miserables! ¿Qué pueden prometerse? ¿Ignoran que vosotros pertenecéis a Colombia?—Compatriotas:—Vuestra custodia está confiada a los veteranos

de la libertad: ellos han estudiado en la escuela de los triunfos, y destruído millares de enemigos heroicos ¿qué será, pues, ahora contra libertos novicios? ¡Comparad el resultado!—Conciudadanos de todas clases: una cooperación eficaz, es lo que la patria exige de vosotros. Acreditad de nuevo que pertenecéis a la tierra de los héroes.

«Cuenca, Junio 22 de 1828.—18.º—V. González.

«Al llegar a Bogotá la noticia de la invasión de Bolivia por los peruanos, el Libertador comprendió que después de la invasión de Bolivia y de que el terreno estuviese despejado por retaguardia para los peruanos, vendría la invasión de Colombia, como en efecto sucedió. Así, en 3 de Julio publicó una proclama en contra del Gobierno del Perú.» (*Historia de Colombia*, por Carlos Benedetti, pág. 805.)

Los ataques desvergonzados.

«Tan atroz injuria e intervención tan espantosa e inaudita (que ha cometido Bolívar) han sido vengadas y destruídas por la voluntad unánime de Bolivia y el Perú en provecho de toda la América, que debiera haberse reunido tiempo ha, para desterrarla de su suelo, y ponerse a salvo de las viles asechanzas e inicuos proyectos del General Bolívar.» (*La Prensa Peruana*, 20 de Noviembre de 1828.)

«El abuso cometido por los peruanos contra Bolívar, es tan mezquino como también injusto. Hasta que él dejó el Perú. el pueblo lo abrumó con expresiones de gratitud, y se dirigió a él con palabras que no corresponden a ningún sér que no sea divino. Probablemente había menos doblez en esta demostración del entusiasmo popular, que voluble cambio de los sentimientos opuestos podía indicar.» (*The Modern Traveller*, pág. 226.)

Bolívar declara la guerra al Perú.

«Con tales antecedentes era imposible que Colombia dejase de aceptar la guerra que se le hacía antes de estar declarada, y era imposible que el arrogante (sic) Bolívar, lastimado de la ingratitud de un gobierno que le debía el sér,

recibiese con paciencia los ultrajes hechos a la patria. Publicó pues, el 3 de Julio una proclama, y el 20 del mismo el manifiesto en que expuso las razones que tenía Colombia para declarar la guerra al Perú. Después de apuntar en el manifiesto los servicios que la primera prestara oficiosamente al segundo, funda la declaratoria en la deslealtad con que los gobernantes del Perú habían secundado a las tropas auxiliares que permanecían en Lima, cuando la insurrección de Bustamante; en la ingerencia en nuestras contiendas domésticas; en la intención manifiesta y comprobada de apoderarse, cuando no de los tres departamentos del sur, a lo menos del de Guayaquil; en la indignidad con que habían despedido al agente público de Colombia, señor Armero, que residía en Lima, con motivo del cargo y protesta que hizo cuando se embarcaron las tropas insurreccionadas en esta ciudad, sin las formalidades prescritas para casos semejantes; en el alborozo con que el Gobierno del Perú acogió a los traidores que fueron a refugiarse en esta república; en la violencia ejercida con el comandante Marques, portador de unos pliegos para el Gobierno de Bolivia; en otra igual ejercida con el capitán Machuca, conductor de la espada que el Congreso peruano había obsequiado al mariscal de Ayacucho; en el engaño con que procediera al acreditar un agente diplomático en son de dar satisfacciones, sin conferirle para ello los poderes respectivos; en la retención de la provincia de Jaen y parte de la de Mainas; en haber negado el tránsito a las tropas colombianas que se volvían de Bolivia para su patria; en la seducción empleada por los jefes peruanos para que se verificara el motín ocurrido en la Paz por Diciembre del año anterior; en la reciente invasión hecha al territorio de Bolivia, amiga y aliada de Colombia; en los preparativos que públicamente hacía para la guerra contra esta república, sin motivos ni explicaciones que pudieran justificarlos; y en el rompimiento de las hostilidades, comprobado con el suceso acontecido en Zapotillo sin previa declaratoria.

En la proclama dirigida a los colombianos del sur, Bolívar concluye diciendo: «Os convido solamente a alarmaros contra esos miserables peruanos que ya han violado el suelo de nuestra hija, y que intentan aún profanar el seno de la madre de los héroes. Armaos, colombianos del sur.

Volad a las fronteras del Perú y esperad allí la hora de la vindicta. Mi presencia entre vosotros será la señal del combate.» (*Historia del Ecuador*, por Pedro Fermín Cevallos, tomo IV, pág. 318.)

El arma favorita de los peruanos es la seducción, dice Bolívar.

«Quiera el cielo continuar protegiendo las sanas intenciones con que nuestras tropas han penetrado el territorio de Colombia para repeler una agresión inminente, y que tengan entonces las desgracias de esos pueblos sacrificados a la ambición de unos pocos colombianos indignos de este nombre y aun de compararse con los tártaros, a quienes se han propuesto imitar en la presente guerra.

«Para no dejar duda sobre la cobardía de los jefes enemigos, del convencimiento en que se hallan de la injusticia de su causa, y de que serán abandonados aun de sus más fieles amigos, bastará transcribir el artículo 7.º de las instrucciones a que nos hemos referido:

«Se encarga la más exacta vigilancia previniendo que el arma favorita de los peruanos, es la seducción. Tomará todas las medidas necesarias para obstruir absolutamente la circulación de impresos de los enemigos, cualquiera que sea su contenido, imponiendo penas muy fuertes a los que los reciban y no los entreguen inmediatamente, antes de propagarlos. Todo papel seductivo, será recogido, para que no circule ni aun entre los oficiales de más confianza, evitando de este modo el que se haga transcendental a la tropa.» (*La Prensa Peruana*, 5 de Febrero de 1829.)

¡QUÉ MUERA BOLÍVAR!

«¡Qué mezcla, gran Dios,
De bondad y de horror;
El asesino de su madre
Es su Libertador!»

COLOMBIA Y PERÚ.—(*El Nacional* de Bolivia).

«Allí un guerrero feliz devorado de la ambición de mandar a su arbitrio ha tocado cuantos medios le dicta su desesperación para hacerse dueño de los hombres; aquí la ra-

zón triunfante ha levantado un altar a la libertad. Allí un tirano disuelve la convención nacional, seduce a los incautos, manda formar actas ilegales y destruye el sistema representativo; aquí, se representan las garantías, y abierto el templo augusto de las leyes, se sanciona el pacto fundamental de una nación. Allí se hace callar la opinión pública con la fuerza, y una soldadesca de cosacos lleva en triunfo a su caudillo talando lo que hace oposición a sus intereses privados; aquí un jefe esclavo de las leyes marcha conduciendo su pueblo a la felicidad. Allí los militares son el instrumento de la opresión, los enemigos de la humanidad; aquí hacen consistir su gloria en defender la patria. Allí el pueblo yace encadenado; aquí levanta su augusta frente, manda con imperio para luego obedecer en silencio. Allí el hambre y el deseo de hacer nueva fortuna prepara las conquistas; aquí uniforme un gran pueblo espera la agresión para rechazarla con entusiasmo heroico. Allí, en fin, el león herido de muerte por la pérdida de la hija de su ambición (Bolivia) intenta anegar de sangre la tierra y satisfacer sus venganzas, viene a Guayaquil y va a abrir una campaña fratricida; aquí el patriotismo prepara el túmulo y señala la isla en que descansen las cenizas del Napoleón de América.

«El General Bolívar ha jurado someter el Perú a su dominación. Su proclama fecha en Bogotá a 3 de Julio es una preparación a la ruptura y la guerra nos parece inevitable. Las disposiciones que toma el gobierno peruano son de resistir la agresión. Se aproxima la hora tremenda y el cañón va a resonar para desgracia de los pueblos. ¿Estas desgracias quién las causa? Un hombre sólo que quiere mandar a sus semejantes como a bestias de albarda, un ambicioso, un tirano, un ingrato a los mil títulos de amor y confianza que debe a los pueblos de América. El General Bolívar es este monstruo, y al general Bolívar es preciso hacerle conocer que no se usurpan los derechos de los pueblos y la independencia de las naciones impunemente: debemos hacer todos los esfuerzos de que es capaz el amor a la libertad para combatirle. Bolivia en esta lucha no puede ser indiferente: su independencia corre grandes riesgos si la victoria abandona a los peruanos. Su seguridad debe buscarla en los campos de batalla y volar en auxilio de sus hermanos. La causa del Perú es la de Bolivia, porque es la de la humanidad y de la justicia.

«Cuando por fortuna nos vemos perteneciendo a nosotros mismos con un gobierno que es todo nacional y próximo a reunirse la asamblea convencional, que ha de darnos leyes propias ¿consentiríamos en el oprobio de sujetarnos nuevamente a extranjeros que nos humillaban? Querremos ver nuestra patria talada por viles aventureros, por codiciosos insaciables y cosacos inmorales? ¿Permitiremos que nuestras rentas pasen a lejanas tierras para sostener el lujo y vicios de conquistadores sanguinarios? ¿Será posible sufrir la corrupción pública, el ultraje y su orgullo? Antes es preciso renunciar a la vida que llevar una existencia penosa por la esclavitud. Si hay boliviano que no piense así, si no arde en sus venas el fuego que entusiasma a los amigos de la libertad, si una indiferencia criminal ocupa el lugar del deber, si hay algún traidor, es necesario que perezca mil veces... que perezcan. Recomendamos al gobierno que vele sobre la conducta de algunos que aún piensan salvarse del naufragio si llega a suceder, para tributar sus infames inciensos a la tiranía. Le rogamos por su cooperación a la guerra en favor del Perú y que no hayan consideraciones. La salud de la patria hace callar las leyes. Al enemigo de la causa pública se le castiga con la muerte para que su cadáver pálido y horrible sirva de espectáculo digno a la justicia.

«Desde Oruro S. E. el Vice-Presidente ha salido precipitadamente para Cochabamba con el fin de reunir el ejército y hacerlo marchar sobre las fronteras del Norte para conservarlo dispuesto a abrir la campaña si los colombianos invaden al Perú por Arica o Ilo, entretanto diez mil peruanos se reúnen en el Norte para esperar al general Bolívar. Las milicias cívicas están llenas de entusiasmo y hasta las piedras se conmueven a resistir a los injustos. Bolivia por su parte hará lo mismo, porque juró ser libre. Ha probado que lo quiere. Lo será. ¡Bolivianos! No cabe elección entre la esclavitud y la libertad. Bolívar quiere guerra y venganzas. Que satisfaga su sed de sangre. Los bolivianos contestémosle, guerra. Derramemos nuestra sangre a torrentes en la guerra. Guerra por la independencia, por la libertad y por nuestros derechos. Repitámosles guerra; pero también que oiga libertad, libertad y libertad.» (*La Prensa Peruana*, 27 de Noviembre de 1828.)

La declaración de guerra de Bolivia a Bolívar.

«República Boliviana—Ministerio de Estado del despacho de Relaciones Exteriores.—Palacio del Gobierno en Oruro a 11 de Octubre de 1828.—18.

«Señor.—El gobierno del infrascrito ha recibido, por el último correo, una proclama de S. E. el Presidente de esa República, y con ella la infausta noticia de que intenta declarar la guerra a la nación peruana. Entre otras razones se funda en que el ejército de aquella ha penetrado hasta el corazón de Bolivia, sin usar de las fórmulas establecidas por el derecho internacional. Ha sorprendido a todos los amigos de la libertad que el jefe de una nación con quien Bolivia no ha contraído obligación alguna de recíproca defensa, bajo el pretexto de haberse invadido este territorio, quiera exigir satisfacciones por las supuestas ofensas a otro Estado. Verdad es que el Gobierno de Colombia tomó la iniciativa para formar tratados que asegurasen la independencia de ambas naciones. El de Bolivia contestó prestando su avenimiento. Ofreció enviar un plenipotenciario que ajustase el convenio de mutuas ventajas. Esta negociación no tuvo el resultado que se buscaba. En consecuencia Colombia y Bolivia quedaron libres de un compromiso al cual aun no se habían ligado solemnemente por el consentimiento de ambos gobiernos, y mucho menos por el sello de la voluntad nacional, que es la que da todo el vigor necesario a las estipulaciones internacionales.

Faltaría el gobierno del infrascrito a los deberes que ha contraído con su nación, a los principios que profesa y a la justicia misma, si después de haberse impuesto en el contenido de la indicada proclama no entrara en francas bien que desagradables explicaciones. S. E. el Presidente de Colombia manifiesta el deseo de hacer la guerra al Perú para sostener a la administración que ha desaparecido en Bolivia por el voto cuasi unánime de sus hijos. Cansados de sufrir el arbitrarismo y la dominación extraña, humillados más vilmente que cuando eran colonos, y sujetos a un pupilaje degradante, se pronunciaron por pertenecer a sí mismos. Sus votos se cumplieron por la justa intervención de sus hermanos del Perú. A su presencia los pueblos, y el ejército conocieron que había llegado el tiempo de ser puramente bolivianos. Tres años lucharon entre los sentimien-

tos de la gratitud a sus libertadores, y el santo deseo de ser libres. Ellos creyeron que con su paciencia dulcificarían sus males; pero el silencio de los esclavos había sido el orgullo de sus déspotas. Un profundo reconocimiento a sus servicios eminentes les hizo recibir una constitución que es la vergüenza de la especie humana, porque es el pacto de los opresores de los pueblos con cuatro parásitos. Por esta gratitud han sufrido que los extranjeros ocupasen los ministerios, las prefecturas, los generalatos y cuantos destinos de alta jerarquía hay en Bolivia. Sus plenipotenciarios y agentes públicos o secretos, excepto uno sólo, fueron extranjeros, presentando la idea al mundo de que éramos ineptos. Las leyes conculcadas, atropellados todos los derechos, despreciados todos los patriotas, considerados los que siempre fueron amigos de la tiranía, y en fin colocado el capricho y todas las pasiones en el lugar donde sólo debía residir la imparcialidad. Tal ha sido la desgraciada suerte de Bolivia. Llevando su moderación hasta un extremo, ocurrió a las vías legales. Los buenos ciudadanos procuraron tomar parte en las elecciones con el objeto de reformar los abusos. De su parte el gobierno hizo los más grandes esfuerzos para sostenerse. Abandonado de la opinión pública, cuando la razón le decía que dejase el puesto honorablemente, usa del último recurso de los tiranos—la fuerza. Con la punta de sus bayonetas señaló los diputados precipitando así el tiempo para que llegara la hora tremenda de la indignación popular. Llegó: conmovida la nación desde sus cimientos la caída fué espantosa. Libre Bolivia de esa abominable dominación ha nombrado su gobierno nacional y propio, resuelta a sostenerlo a toda costa. Ya no quiere ser el patrimonio de personas, la colonia de otro estado americano, la esclava de su política, el pedestal de sus aspiraciones, y aborrece el título de la *hija querida*. Bolivia habría reconocido un padre si sacada de la esclavitud no se la encadenara de nuevo, y se la hubiera dejado disponer libremente de sus destinos y suerte. ¿Hija: a la que se le ha dado una Constitución por la fuerza? ¿Hija: la que ha sufrido el orgullo de sus señores? ¿Hija: la que ha sostenido una fuerte división, agotando sus tesoros, y que ha recibido en cambio las repetidas revoluciones y la inmoralización de su ejército con su fatal ejemplo? ¿Hija: a la que se ha humillado presentándola al mundo como una nación degradada, incapaz de ser-

virse de sus hijos, sino en asuntos los más pequeños? ¿Hija, pupila sin poderse emancipar, cuando fué la primera que convidó al nuevo mundo a la gran regeneración política? Bolivia renuncia para siempre una, y mil millones de veces a tal dictado. No tiene otra madre que la libertad, otros hermanos que las naciones que obren por los principios de justicia universal, ni más parientes que la razón.

«Esta exposición habrá parecido un poco fuerte al señor Ministro de Relaciones a quien se dirige el infrascrito. Ella es necesaria para convencer y demostrar cual es la inmutable resolución del gobierno boliviano en no consentir que la República vuelva a ser ocupada por tropas extranjeras de ninguna nación. La guerra que se va a declarar al Perú por S. E. el Presidente de Colombia, amenaza muy de cerca su independencia y los derechos de su absoluta soberanía. Ocupado el Perú por las tropas de Colombia, Bolivia corre el riesgo de sufrir una nueva esclavitud, y en esto no consentirá jamás. Por otra parte ya no hay cuestión sobre las intenciones de sujetar los pueblos a miras personales. Datos inequívocos prueban que se quiere restablecer el sistema de colonización. El continente americano por la uniformidad de sus principios debe resistir a las cadenas que rompió con su sangre. Ya es tiempo que llegue a su feliz desenlace de su prosperidad, impedida por los mismos que fueron sus bienhechores. Medite el señor Ministro además, que la posición de Bolivia limítrofe al Perú, la obliga a tomar parte en la guerra para salvar su independencia de cualquiera de las partes belijerantes, después de sancionada la paz. Un estado pequeño no puede permanecer indiferente cuando poderes fuertes entran en la lucha: su neutralidad sería una ruina. Siendo la causa del Perú en principios idéntica a la de Bolivia, cuando allí, como aquí, se detesta la esclavitud, y se ama la libertad; cuando la experiencia ha enseñado a ambas naciones lo funesto que es para los pueblos consentir extranjeros en su territorio, y cuando la justicia está de parte del Perú, Bolivia ha resuelto cooperar a la guerra prestando todos los auxilios que estén en su poder para resistir la agresión, no de Colombia donde se aborrece el despotismo, sí de un hombre que pretende sobreponerse a todos los derechos.

«El infrascrito ruega al señor Ministro de Relaciones, a quien tiene el honor de escribir, quiera instruir a su gobier-

no de la firme y constante determinación del de Bolivia, en cooperar a la guerra auxiliando al Perú.

«Esta resolución está de acuerdo con la opinión pública. No es difícil el triunfo cuando se tiene de su parte la justicia y el querer nacional. Puede ser que la victoria abandone a Bolivia en esta contienda; mas, señor Ministro, dígnase hacer saber a S. E. el Presidente que entre millares de cadáveres y ruinas, incendiando todo el país, un boliviano que quede ha de defender sus derechos odiando a su opresor. Desde la fría tumba han de dirigir los bolivianos sus ardientes deseos a los amantes de la humanidad por la venganza. La execración general cubrirá de oprobio a los autores de una general devastación. Bolivia será el lugar sagrado que se visite con entusiasmo. Se llenará de gloria inmortal.

«Puede el señor Ministro aceptar las consideraciones y el profundo respeto del Ministro de Bolivia que le saluda muy amistosamente.

CASIMIRO DE OLAÑETA.

«Señor Ministro de Relaciones Exteriores de Colombia.»
(*La Prensa Peruana*, 20 de Noviembre de 1828.)

La derrota peruana en Tarqui.

«El bloqueo riguroso a que fué sometida la ciudad de Guayaquil por los peruanos la obligó bien pronto a rendirse (21 de Enero de 1829). Pero la pericia de los colombianos y sobre todo, la superioridad de un jefe como Sucre no tardaron en obtener sus naturales ventajas, y después de una lucha obstinada, el general colombiano alcanzó en Tarqui (26 de Febrero) una brillante victoria, de la cual se aprovechó con su humanidad acostumbrada para celebrar con La Mar un tratado con las condiciones menos onerosas.» (*Compendio de la Historia de América*, por J. Mesa y Leompart, pág. 396.)

«El general Sucre expidió en el mismo día un decreto de honores y recompensas a los cuerpos que habían obtenido la victoria del Portete de Tarqui, concediendo medallas a los jefes, oficiales y soldados que combatieron, las que debían tener este mote: «A los vengadores de Colombia en Tarqui.» Declaraba que la junta provincial del Azuay presentaría su medalla

al general Flores, la que debía tener la siguiente inscripción: «El Azuay al ilustre defensor del Sur.» Por el mismo decreto se mandaba erigir sobre el campo de batalla una columna de jaspe en cuyos tres lados se leerían los nombres de los cuerpos que habían combatido, de los generales y jefes, así como de los oficiales y soldados muertos. En el lado opuesto al campo enemigo se pondría la siguiente inscripción en letras de oro: «**El ejército peruano de 8,000 soldados que invadió la tierra de sus libertadores, fué vencido por 4,000 bravos de Colombia, el 27 de Febrero de 1829.**» (*Historia de Colombia,* por Carlos Benedetti, pág. 816; Lima 1887.)

«El corazón de Sucre era noble y puro, ninguna mancha empañaba su nombre, y hasta sus enemigos del Perú le han llamado «verdaderamente grande.» (*Compendio de la Historia de América*, por J. Mesa y Leompart, tomo II, pág. 260.)

Firmar el tratado era una necesidad y no cumplir era otra.

«Tanto La Mar como Gamarra se negaron a entregar a Guayaquil, y a cumplir el tratado de Tarqui; dando por excusa que no lo habían firmado sino por la fuerza, como si semejantes capitulaciones pudiesen imponerse de otro modo; y por ser deshonroso para el Perú el parte de la batalla y el monumento que se mandaba levantar en el Portete de Tarqui.» (*Compendio de la Historia de Colombia*, por José Joaquín Borda, pág. 196.)

«*La Mar faltó pérfidamente a sus compromisos* y siguió ocupando a Guayaquil, hasta que *derrotado por Bolívar en persona*, en las cercanías de aquella capital, fué derribado al mismo tiempo en Lima por Lafuente (6 de Junio) que ocupó en su lugar la presidencia. Bolívar no desperdició esta coyuntura y concluyó a toda prisa una suspensión de armas con los peruanos, entrando en relaciones amistosas con Lafuente, que bien pronto hizo la paz con él (22 de Septiembre). La experiencia había hecho a Bolívar circunspecto, y desde las primeras negociaciones que entabló con Lafuente dió a entender que renunciaba a toda influencia sobre el Perú.» (*Compendio de la Historia de América*, por J. Mesa y Leompart, pág. 396.)

Expulsión del General argentino Necochea y honores a su muerte.

«El general Necochea era una de las primeras glorias de América, de las más prominentes figuras de nuestros anales y de los más hermosos blasones de nuestro ejército». (*Corona Fúnebre del General Necochea*, pág. 10; Lima, 1849).

«Al general Necochea el título de vencedor y víctima de Junín le fué adquirido en aquel campo a costa de la sangre derramada por sus *once honrosas heridas*.»

«Pasaremos rápidamente por aquella época espinosa; pero séanos al menos lícito recordar que en la jornada de Tarqui, tan infausta para nuestras banderas, el General Necochea reivindicó el empeñado brillo de nuestras armas con la bizarra carga a que condujo al primer escuadrón de Húsares de Junín, que bajo el mando inmediato del Comandante Nieto recogió las palmas de un triunfo inmarcesible sobre el campo mismo de nuestra derrota, conteniendo así la persecución del enemigo y cooperando tanto a la reorganización de nuestros vencidos infantes.

«Destinado después a la Comandancia General de Guayaquil, mantuvo la plaza en posesión de nuestras armas obedeciendo fielmente las órdenes del Gobierno. Sobrevinieron entonces los acontecimientos de Junio de 1829 que derrocaron al Poder Ejecutivo elegido por el Congreso constituyente; y el General Necochea fiel a su horror a la guerra civil, pero no menos fiel a su honor y a sus juramentos, resistiendo a las insinuaciones del espíritu de partido, convocó una junta de los jefes de la guarnición, resignó el mando en el que debía sucederle, y vino a la capital para presentarse al nuevo gobierno. Aquí le aguardaba una segunda orden *de deportación por premio de sus honrosos y recientes hechos de armas en servicio del país*... ¡Deplorables efectos de las conmociones civiles, en las que el furor de las pasiones desbocadas del momento, obcecando a los hombres envueltos en esa densa atmósfera, no les permiten volver los ojos a lo pasado, calcular el porvenir ni apreciar la moralidad de las acciones!... El magnánimo Necochea, amaestrado en la escuela de la revolución, sometióse sin murmurar al fallo de su adversa fortuna, y partió a mojar

con sus lágrimas el pan amargo del extranjero.» (*Corona Fúnebre del General Necochea*, págs. 16 y 38; Lima, 1849.)

A la Memoria del Gran Mariscal D. Mariano Necochea.

¡Oh capitán valiente!
blasón ilustre de tu ilustre Patria!
no morirás; tu nombre eternamente
en nuestros fastos sonará glorioso,
y bellas ninfas de tu Plata undoso
a tu gloria darán sonoro canto,
y a tu ingrato destino, acervo llanto.

OLMEDO (Canto a Junín).

¡Duerme, guerrero, en paz!... sobre tu fosa
la gloria de Junín llora postrada...
duerme! que están encima de tu losa
tu noble lauro y tu soberbia espada!
La vida en su corriente procelosa
colgará en los umbrales de la nada
las reliquias espléndidas que dejas,
mientras al trono de la luz te alejas!

JOSE ARNALDO MÁRQUEZ.

Lima, 27 de Abril de 1849.

La ingratitud del Perú hacia los extranjeros.

«Once mil colombianos se han transladado al Perú, y una masa semejante ocasiona grandes gastos. *Colombia*, señor, *nos ha auxiliado con una generosidad sin límites: su hacienda ha sido la nuestra, y sus pueblos nuestros contribuyentes, además de darnos sus soldados.*

«En vista de este documento tan intachable ¿cuál será el mortal que teniendo amor a su Patria, nobleza de sentimientos, y un corazón bien puesto, no se llenará de indignación al ver un acto de tanta ingratitud, como la resolución que excluye de los goces decretados por el Congreso a los vencedores de Junín y Ayacucho y 2.º sitio del Callao, por que nacieron en París, Londres, Madrid, Caracas, Bo-

gotá, Quito, Sucre, Santiago de Chile o Buenos Aires? ¿Acaso en esos días de ansiedad, de temor, de resolución, de valor, muertes, victorias, y gloria; las balas, las lanzas, y las espadas que se cruzaban, andaban buscando los colores que se llevaban en la cabeza para segarlas? Hombres de partido llenos de miserables pasiones, confesad, que habéis obrado, más por capricho que por reflexión: no sois, no, jamás seréis hombres de Estado, pues los que tales son, no descienden a ruines venganzas; bien podías haber aprendido a considerar los hombres, y no las cosas, en las lecciones que se os han dado en vuestras desgracias, pero sois incapaces de comprender.» Al *Congreso de* 1847, a los verdaderos patriotas amantes del honor Nacional, y a la posteridad, se dirige este *Opúsculo.*

«Sabed hermanos que los extranjeros que bien en cuerpo, o como mejor quisieron, o pudieron venir de todas partes del mundo, y principalmente de Buenos Aires, Chile y Colombia, no pensaron, cuando volaron a combatir por nuestra independencia, *en pactos ni obligaciones.* La santidad de la causa atrajo a unos, y armó a los otros, para ser libres e independientes. Cuando lo consiguieron en sus países, viendo que nosotros no podíamos hacerlo en el nuestro vinieron todos gustosos ayudarnos, sin pensar en nada del porvenir; algunos de estos que han hecho servicios muy remarcables, cometieron y puede llamarse así, la calaverada de quedarse en el Perú, sin exigir, ni hacerse reconocer por nada, porque tal era la generosidad con que prestaron sus esfuerzos para conseguir nuestra emancipación.—Ya es tiempo de concluir y va de cuento.

«Pasando un débil puente en un río caudaloso, cayó en él, un infeliz, el que toda su vida, había creído que el saber nadar sólo era oficio de marineros, o *chimbadores.* Se hallaba en este momento presente un hombre amante de la humanidad, y en extremo filantrópico, y a la vez bastante diestro en nadar, y sin pensar en nada, sino que en un semejante suyo estaba en peligro, se arrojó al río, y alcanzó luego al que se estaba ahogando, el que sin embargo de estar *harto de agua*, logró sacarlo vivo a la orilla, en donde algunas personas que le pertenecían, lo recibieron, y con los auxilios de la medicina al día siguiente ya se hallaba completamente restablecido del mal rato que había sufrido. Estaba al lado del buen hombre un amigo de toda su confian-

za, y viéndolo en disposición de salir a la calle, le hizo presente que su principal deber era ir a darle las gracias a su libertador; pero el enfático hombre, contesta con toda la seguridad de un individuo que sabe lo que le conviene, «como he de ir a ver a un hombre que nadie me ha presentado.»

«En Arequipa, Octubre 14 de 1846.

UNOS PATRIOTAS».

Santa Cruz (1).

Capitán General, Gran ciudadano, Restaurador y Presidente de Bolivia, General de Brigada en Colombia, Gran Mariscal, Pacificador del Perú. Protector Supremo de los Estados del Sud y Nor-Peruanos, condecorado con las medallas del Ejército Libertador, de los Libertadores de Quito, de Pichincha, de Junín y con la del Libertador Simón Bolívar, Fundador de la Legión de Honor de Bolivia, y de la Nacional del Perú, Gran Oficial de la Legión de Honor de Francia, etc., etc.

Elogio al pueblo y al gobierno chileno.

«Introducido el señor Ministro Plenipotenciario del Perú, don Andrés de Santa Cruz, a la sala del gobierno de Chile, con el ceremonial de costumbre, y colocado al frente de éste, le dirigió la palabra pronunciando el siguiente discurso:

SEÑOR:

«El Gobierno Peruano, accediendo a los votos de Bolivia que demanda mis servicios, ha ordenado retirarme, y vengo ahora, con bastante pesar, a tomar vuestro permiso, presentándoos la Carta que acredita el término de mi comisión; a la que debo agregar que son inalterables su amistad por vuestra persona y sus deseos por la prosperidad de la República de Chile, bajo las leyes que se ha dado, y de la sabia administración con que la estáis dirigiendo.

«Me es en algún modo satisfactoria la persuasión de que, durante mi ministerio no se han disminuído las buenas relaciones que encontré cuando empecé a ejercerlo; y la con-

(1) «El abuelo de Santa Cruz era un indio». (*Travels in Perú and Mexico*, por S. S. Hill, pág. 118).

vicción de que en Chile es igual que en el Perú el anhelo porque ellas se adelanten. Si la estrechez del tiempo no ha dado lugar a que yo fuese, como me había lisonjeado, el que las mejorase por nuevos vínculos y tratados, al menos puedo asegurar que el de comercio no será retardado; porque así lo exigen la voluntad y la conveniencia de las dos naciones.

«Debo también daros las gracias a nombre de mi gobierno por *las buenas disposiciones que habéis mostrado en favor de la independencia del Perú*, amenazada con escándalo del continente, pero que se sostiene por fortuna con todas las probabilidades de un buen resultado.

«Por lo que a mí me toca, señor, yo no encuentro expresiones bastantes para demostraros cuan sensible soy a las continuadas bondades que os he debido, y a las atenciones que generosamente me han dispensado todas las clases de esta capital. ¡Feliz yo, si he podido merecerlas, *y más feliz todavía si en el curso de mi vida y en los destinos a que pueda ser llamado, encuentro como probaros mi respetuosa gratitud, y la más decidida afección hacia el Ilustre Pueblo Chileno*! (1) (*La Prensa Peruana*, 30 de Diciembre de 1828.)

Chile evita la guerra entre el Perú y Bolivia (1831).

«El General Gamarra, envuelto en el baldón de refractario, por sus faltas a los tratados de Piquisa y el del Girón, volvió a la pretensión de invadir a Bolivia impúdicamente en 1831.» (*Administración del General Sucre*, por Jorge Mallo, pág. 79).

«La mediación fué solicitada por Bolivia y las diferencias fueron arregladas por el representante chileno en Lima, don Miguel Zañartu, según las instrucciones de su Gobierno, que le escribió: «... Por esto es que si deseara que no fuese desairada la mediación del Gobierno, tampoco querría que ella perjudicase los intereses del Perú».

«El General Gamarra, Presidente del Perú, escribía entonces al mencionado Ministro Chileno la siguiente carta:

«Mi querido y buen amigo:

«Por las comunicaciones que acabo de recibir, en marcha del señor Latorre (Plenipotenciario peruano), he sabido con placer que se han firmado los Tratados de Paz y Comer-

(1) No obstante lo dicho, en poco tiempo más, este hombre va a unir todas las fuerzas del Perú y Bolivia contra Chile.

cio. **Por ellos también sé que se ha manifestado Ud. como un amigo, como un caballero, como un patriota y como un hombre justo,** interesado en la suerte de los pueblos.

«Felicito, pues, a Ud. por la gloria con que ha logrado reconciliar dos naciones americanas, dignas de mejor suerte.»

«Después de haberse celebrado la paz, Gamarra se expresó en las siguientes palabras:

«**La Nación debe estar reconocida a la República Chilena, por la benevolencia con que se prestó su Gobierno a interponer su mediación para remover los motivos de desavenencia que hicieron tanto más necesarios estos tratados.**»

Odio en vez de gratitud.

«Un gran retraso en la prosperidad de Chile ha sido sus dificultades con el Perú. Este último fué esencialmente ayudado en su lucha contra España por los soldados y dinero del primero, y su independencia fué finalmente ganada en 1821, por un ejército chileno bajo las órdenes de San Martín; según esto lo razonable sería suponer que existiría una gratitud por parte del Perú y que los sentimientos fraternales unen a los dos países. En realidad, los descontentos políticos de Chile fueron siempre bien recibidos en el Perú y no solamente permitidos, sino ayudados en sus planes para realizar sus intrigas y derribar al Gobierno de su país. El floreciente comercio de sus vecinos había causado mucha atención, a los peruanos y los celos y rivalidad comercial eran, sin duda, el fondo de los sentimientos enemigos que pronto principiaron a manifestarse. Los chilenos son resueltos, independientes y altivos y no se empeñaron a ocultar su descontento. La animosidad se manifestó más cuando, en 1836, Santa Cruz fué elegido el Protector Supremo de la República Perú-Boliviana.» (*Recent Exploring Expeditions to the Pacific and the South Seas*, por J. S. Jenkins, pág. 70.)

Santa Cruz fusila a los mejores peruanos.

«A Salaverry se le mandó a Arequipa. Su segundo en mando había sido hecho prisionero en el campo de batalla. Santa Cruz mandó una comisión para que juzgara a los prisioneros, de conformidad con el decreto sanguinario de guerra a muerte suscrito en Agosto de 1835; los prisioneros protestaron contra tal modo de proceder, alegando de que no

debía quitárseles la vida según la convención hecha con Miller, y que aquel decreto sanguinario quedaba abolido por el acuerdo habido en Uchumayo. Anglada que presidió el Consejo de Guerra suspendió los procedimientos a fin de consultar con Santa Cruz. Este hizo pedazos el expediente, y simplemente ordenó que se les aplicara la pena de muerte. Durante la ejecución, Santa Cruz se hallaba comiendo en su residencia.» (*Historia del Perú*, por Clements R. Markham, pág. 214; Lima, 1895.)

«Salaverry y otros jefes prisioneros fueron fusilados en la plaza Mayor de Arequipa el Viernes 19 de Febrero de 1836.

«Como el jefe Deustua fué en otro tiempo ayudante del General Serdeña, éste le mandó una súplica a Santa Cruz, para que no comprendiera a Deusta entre los que debían fusilarse. Santa Cruz accedió, diciendo:—pero que pase por el susto. Se le avisó a Deusta en su prisión; y lo llevaron a la plazuela de Santa Marta y lo sentaron en una silleta como para fusilarlo; y Deusta dijo al oficial: permítame Ud. mandar la tropa para que me dé la descarga. El oficial entretuvo la tropa hasta que llegó el parte del Jefe de Estado Mayor, con la orden suprema de suspender la ejecución.» (*Revoluciones de Arequipa*, por el Dr. Valdivia, pág. 155.)

Palabras de Salaverry en el patíbulo.

«Protesto ante la historia, ante mis compatriotas, ante la América y la posteridad del horroroso asesinato que se comete conmigo. Habiéndome entregado espontáneamente al General Miller, él me ha presentado como prisionero a **Santa Cruz, que sobre cadáveres peruanos quiere cimentar sus conquistas. Peruanos, americanos y hombres todos del Universo, ved aquí la bárbara conducta del conquistador con un peruano que no ha cometido delito: que no ha tenido otra ambición que la felicidad y la gloria de su patria, por las cuales combatió hasta el momento de su muerte. Ved aquí cuán horribles son los primeros pasos del que ha jurado enseñorearse del Perú, destruyendo a sus mejores hijos.**»

«A la vez descargó la línea de infantes sobre los presos

sentados; y todos cayeron muertos, a excepción de Salaverry que se paró, y dando unos pasos atrás, hizo ademán con la mano a los soldados para que no le tirasen, diciendo con voz gruesa: «La ley me ampara.» Descargaron, sin embargo, los soldados, y cayó muerto.» (*Revoluciones de Arequipa*, por el Dr. D. Juan Gualberto Valdivia, pág. 156.)

El General Fernandini es linchado.

«Una descarga de fusiles que se efectuó mató a todos, excepto a Fernandini, que levantándose de su silla corrió a tomar refugio en la catedral; pero fué tomado por la muchedumbre, que con palos le extrajo su cerebro y profanó su cuerpo. (1)

«Después de esto el Perú fué completamente conquistado por Santa Cruz.» (*Cuzco and Lima*, por Clements Markham, pág. 338.)

El ataque armado contra Chile.

«El Protector no solamente firmó un decreto anulando el tratado con Chile, que existía en aquel momento, sino recibió los descontentos chilenos con los brazos abiertos, e iba tan lejos hasta armar tres buques de guerra en el Callao que puso a su disposición e intentó provocar una revolución. (2) Sin embargo el gobierno de Chile no era indolente, mandó una expedición y los tres buques peruanos fueron capturados, en un excelente y atrevido ataque, y cuya legitimidad el Perú tenía que reconocer antes de que los chilenos salieran del Callao. Las dificultades entre los dos Gobiernos no terminaron aquí; un acto de agresión fué seguido por otro y, últimamente, Santa Cruz logró pasar una ley prohibiendo la visita de la costa peruana por los barcos

(1) En la segunda guerra balcánica los albaneses, aprovechando la ausencia del ejército serbio habían atacado las aldeas serbias y cometido numerosas barbaridades. Cinco malhechores fueron condenados a muerte, y estando a la orilla del foso, cuando los soldados dispararon, uno intencionalmente se dejó caer vivo y ninguno de los soldados quería disparar sobre él. El oficial dijo que este bandido bien merecía la vida y lo dejaron escapar sano y salvo. Mientras en el Perú, en la ciudad más culta, más peruana y más religiosa, el populacho, no contento todavía de ver a sus mejores hermanos fusilados por un conquistador, linchó a uno de los mejores compatriotas, que peleó por la libertad de su país. en el momento de refugiarse en la iglesia.

(2) «El general Freire, ex-Presidente de Chile, asilado en el Perú, había hallado los recursos necesarios para conducir una expedición armada sobre las costas de su Patria con el objeto de reconquistar el poder, la que llevó a cabo con mal éxito (Junio de 1836)». (*Historia de Bolivia*, por Luis F. Jemio, pág. 135).

extranjeros, sin haber entrado primeramente en un puerto peruano, bajo la penalidad de pagar impuestos adicionales.» (*Recent Exploring Expeditions to the Pacific and the South Seas*, por J. S. Jenkins, pág. 70.)

«Sobre tales precedentes una guerra con Chile, se hacía inminente. Semejante eventualidad, era un grave peligro contra el ensayo confederal; y a fin de prevenirlo, Santa Cruz acreditó Ministro de una Legación en Chile al señor Casimiro Olañeta, autorizando al efecto para dirimir el conflicto internacional que había surgido. Por desgracia, la misión escolló ante las inaceptables exigencias del Gobierno de Chile, que demandaba amplia satisfacción por la expulsión del Ministro, reconocimiento de la independencia de Bolivia, e indemnización de los gastos causados por la expedición Freire.» (*Historia de Bolivia*, por Luis M. Guzmán, pág. 104.)

La guerra económica contra Chile.

«El General Santa Cruz expidió el decreto siguiente a 28 de Octubre de 1836, después de varios considerandos:

.....

«Artículo 1.º Todos los buques chilenos que se encontrasen en la actualidad, o en adelante llegasen a los puertos de los Estados Nor y Sud-peruanos, y todas las propiedades chilenas que se hallaren a bordo de los buques susodichos, serán embargadas y detenidas, hasta que se sepa el resultado de la actual controversia, y se determine en su consecuencia si el embargo ha de considerarse bélico i civil.

Art. 2.º El Gobernador del Callao y los capitanes de puertos de los Estados Sud y Nor-peruanos, inmediatamente después de haber embargado algún buque chileno, darán cuenta con los manifiestos y documentos justificativos al Gobierno, para disponer que todos los artículos sujetos a deterioro, merma o corrupción se vendan por el tribunal del consulado, o por una junta de comercio, a los precios corrientes de plaza; llevándose cuenta formalizada de su producto, y manteniéndolos en depósito; y para expedir las órdenes necesarias sobre los buques, sus tripu-

laciones y demás efectos que no es preciso rendir inmediatamente (1).

.....

(*Revoluciones de Arequipa*, por el Dr. D. Juan Gualberto Valdivia, pág. 166.)

Chile y Argentina contra Santa Cruz.

«Desde la fecha del mencionado decreto se conoció que la guerra entre Chile y la confederación Perú-Boliviana sería inevitable, por los muchos emigrados en Chile, entre los cuales se encontraba el General Ramón Castilla, empeñarían a Chile en la guerra, y le ofrecerían toda especie de recursos.

«El Gobierno de Chile se entendió con el de Buenos Aires, para que éste enviase tropa sobre la provincia de Tarija que poseía Bolivia, reclamándola como perteneciente a la República Argentina.

«Santa Cruz que calculó que la guerra sería indefectible y que tuvo noticia de los acuerdos entre el Gobierno de Chile y el de Buenos Aires, mandó al General Brauns con algunos cuerpos, para que organizase en Bolivia una división regular, para oponerse a los argentinos, y batirlos en el caso de que intentasen apoderarse de Tarija.

«Como Santa Cruz expidió también un decreto, por el cual concedía a los buques mercantes extranjeros que llegasen a los puertos del Perú, sin tocar en puerto alguno del Pacífico, cierta rebaja en los derechos de importación, y que se les admitiría el valor de una cuarta parte de los derechos en documentos de la deuda nacional; los buques extranjeros aprovecharon de ese ofrecimiento, y vinieron a los puertos del Perú sin tocar en ninguno de los de Chile.

«Ese decreto causó tales daños a las aduanas de Chile, donde, especialmente en Valparaíso, habían hecho los extranjeros su depósito de efectos, de modo que los comerciantes de todo Bolivia y del mismo Arequipa iban a comprarles algo; que cuando el escritor español Mora tocó en Chile, al retirarse para España; después de haber servido bastante tiempo a Santa Cruz, escribió a éste de Valparaíso diciéndole que el Gobierno de Chile había devuelto

(1) Es de notar que el decreto no habla nada sobre los buques que entran a los puertos bolivianos, lo que hace ver que Bolivia no tenía ningún puerto.

en ese puerto a sus dueños varias casas que había tomado en arrendamiento para almacenes fiscales, porque ocupados antes se hallaban entonces vacíos, a causa de que los buques de comercio pasaban a los puertos del Perú, para aprovechar de la rebaja de derechos, sin tocar en los de Chile.

«La invasión de Buenos Aires se verificó sobre la provincia de Tarija; y Brauns batió a los argentinos en Montenegro. Como Santa Cruz opinaba que la expedición chilena vendría al Norte del Perú, la mayor parte del ejército se hallaba desde Cuzco hasta Jauja, y en Lima había una regular división al mando del General Morán.» (*Revoluciones de Arequipa*, por el Dr. D. Juan Gualberto Valdivia, pág. 166.)

El ejército chileno, bajo el mando del General Blanco Encalada, desembarcó en los puertos de Arequipa, en Octubre 1837, y ocupó esta ciudad. Se hizo un armisticio y tratado de paz y armonía, en Paucarpata, a 17 de Noviembre del mismo año y el ejército chileno evacuó el suelo peruano. Pero como el gobierno de Chile no aprobó este tratado las hostilidades se reanudaron al año siguiente.

Santa Cruz insulta a Argentina.

«Habiendo publicado el Gobierno de Buenos Aires un Manifiesto de las razones con que anuncia legitimar su declaración de guerra contra la Confederación Perú-Boliviana, me incumbe el deber de contrarrestar, con el lenguaje sencillo de la verdad, y con la lógica irrebatible de los hechos, el torrente de calumnias que en aquel escrito se desata contra Bolivia, y contra su administración, con un impudor de que quizás no presentan un ejemplo tan escandaloso los anales de la diplomacia. Las naciones expectadoras de los extravíos que han agitado por espacio de tanto tiempo las Repúblicas Sud-Americanas, no hallarán en su deplorable catálogo uno sólo que pueda compararse en perfidia, en malignidad y en descaro, al que envuelve en sí el contexto de este traidor e insidioso documento— traidor e insidioso en alto grado, porque con el aparato de las fechas y de los nombres propios, procura dar autenticidad a falsedades absolutas, destituídas de la menor sombra de fundamento, y porque, apoyando este largo tejido

de iniquidades con las firmas de dos altos funcionarios públicos, en quienes no debe suponerse un desprecio tan criminal de la verdad, ni el arrojo de exponerse a ser solemnemente desmentidos a la faz del mundo, el Gobierno de Buenos Aires parece haber querido sorprender la respetable opinión de las naciones y de los gabinetes, y dar existencia al menos, por algún tiempo, a sus injustas inculpaciones.

.....

Palacio Protectoral de Lima, a 17 de Agosto de 1837.

ANDRÉS SANTA CRUZ.

El Secretario General, *Casimiro Olañeta.*»

La opinión pública de Colombia contra Santa Cruz.

«Hemos visto papeles de Lima hasta el 8 de Octubre, y sin ocuparnos de las noticias que otros periódicos de esta capital tendrán más espacio para poder insertar, informaremos a nuestros lectores, que todo aquello da lástima. Esos pueblos son esclavos de Santa Cruz, porque de alguno habían de serlo: no están todavía preparados para ser libres, y un amo no podía faltarles. La libertad, para un pueblo que no la merece, es como una rica joya arrojada a un camino público; que nunca falta quien se la apropie.

«He aquí como se explica un periódico de Arequipa, hablando de los bienes que dice que hizo Santa Cruz en los días que allí pasó. Hemos conocido prácticamente que el gobierno debe ser ambulante, para ver por sí mismo las necesidades de los pueblos, juzgarlos y poner remedio. Si el gobierno actual hubiese sido constitucional, es evidente que era imposible que hubiese hecho tanto bien al país en sólo tres días. En un gobierno dependiente de cámaras legislativas eran necesarios muchos expedientes, muchos años, y mucha plata, no para hacer lo que ha hecho S. E. sino para una pequeña parte.

«Faltaba aún en América, país clásico de los gobiernos representativos, este nuevo escándalo. Un pueblo que se complace y hace gala de que lo gobiernan de memoria, merece tener un gobierno trashumante. Al Perú estaba reservada semejante mengua. Jamás un granadino ni un

venezolano estamparían tan vergonzosas cláusulas, fueran las que fuesen las vicisitudes que afligieran a su patria. Nosotros hacemos votos por la pronta caída del usurpador Santa Cruz, aún cuando haya de sucederle otro usurpador más astuto y más tirano que él; porque al fin, a fuerza de golpes y de desgracias, aprenderán aquellos vecinos nuestros a apreciar y defender mejor sus derechos». (*Argos*, N.º 3.º, Bogotá, 1838).

Los ecuatorianos contra Santa Cruz.

«Señor Editor:

«Mucho temo que sobrevenga una gran desgracia al Ecuador, a causa de los papeles que, no sé por qué, se han publicado en estos días, contra el Supremo Protector de la Confederación del Perú.

«Los mejores publicistas son de sentir que siempre y cuando en una nación se ataca por la prensa al jefe de otra, tiene éste derecho a hacerle la guerra; porque deja ella de ser neutral, y se convierte en enemiga suya.

«También se puede alegar el ejemplo de cierto Gobierno que por conservar la neutralidad, prohibía toda publicación contra el jefe de una nación vecina, porque es demasiado sabido que el derecho de gentes resulta de lo que practican unas naciones respecto de otras.

«Me parece, por tanto, que el único medio de escapar al Ecuador de los males que le amenazan, a consecuencia de la publicación de aquellos papeles es: que el Gobierno castigue pronto y severísimamente a sus autores, y decrete penas igualmente severas para todo el que en lo sucesivo publique algo contra el expresado Protector, valiéndose, aunque sea de las extraordinarias, para dar este decreto; porque *Salus Populi* etc.»—El amigo de la Paz.

«Los mejores publicistas son de sentir que Ud. entiende tanto de publicistas como el pescante. Los mejores publicistas son de sentir que los estados republicanos de América son esencialmente libres: que tienen constituciones, en las que están consignados los derechos del ciudadano, y muy detalladas sus garantías: que la libertad de emitir sus opiniones por la imprenta, es una de esas garantías, y una de las más preciosas, que nadie puede atacar ni echar por tierra, sin hacerse reo de una insigne violación

de la carta y de las leyes. Los mejores publicistas son de sentir que los ciudadanos libres de cada estado, deben estar siempre velando contra los atentados de cualquier individuo que ose derribar el sistema republicano, sobreponerse a los principios que ha reconocido y jurado toda la América, levantar sobre sus ruinas un trono, entremeterse en cuestiones ajenas, invadir ajeno territorio, usurpar el poder, destrozar, tiranizar, asesinar, saquear y sacrificar todos los intereses públicos a su engrandecimiento personal. Los mejores publicistas son de sentir que en los estados que son esencialmente libres, y en que lo es por consiguiente la imprenta, no se viola ni puede violarse la neutralidad, porque los ciudadanos hagan notorios los atentados que comete el jefe de otra nación, aún cuando haya obtenido títulos de legitimidad, esto es el sufragio público, según la ley, y no sea usurpador ni aventurero, ni esté en guerra con la misma nación que oprime y lo detesta; cuando es indisputable el derecho que esos ciudadanos tienen para denunciar, por medios que la ley les otorga, los errores y extravíos de sus propios magistrados. Los mejores publicistas son de sentir que nuestro autor ha dicho mil inepcias en línea y media; que no conoce lo que da derecho a hacer la guerra; que no sabe lo que es neutralidad; ni entiende jota de lo que dice...

Guayaquil, 23 de Febrero de 1838.

Los Centinelas del Guayas.»

Proclama de los patriotas peruanos contra Santa Cruz.

«Peruanos! La Patria para conseguir su libertad nos debió sacrificios inmortales en la gloriosa lucha de la independencia, las discordias civiles encendidas después por Santa Cruz para dividirnos, allanaron el camino de sus aspiraciones. Al fin domina nuestro país que ha perdido el nombre de la Nación: no tenemos instituciones republicanas, y la libertad está ahogándose en un lago de sangre peruana. Vemos inmolar en los cadalsos a cada instante a nuestros compatriotas, víctimas del furor extranjero, y desterrar a millares de nuestros hermanos cuyas familias, que no pueden sernos indiferentes, perecen en la indigencia, en tanto que nuestros feroces conquistadores

viven en la abundancia y nos despotizan. Vemos destruídas todas las formas judiciales, y que sin el menor aparato legal se imponen tremendos castigos, no habiendo para el ciudadano seguridad ni garantías sociales. Hemos visto desaparecer nuestros Congresos; las elecciones populares no existen; y el sistema representativo está subrogado por una dictadura extranjera y perpetua. *Nuestras Municipalidades, aquellos órganos de nuestros Pueblos, aquellos apoyos inviolables hasta el tiempo del Coloniaje Español, han sido extinguidas por orden de un soldado intruso.* No olvidemos que la libertad de la imprenta ha sucumbido violentamente. Y que el poder opresor atacando de frente la ilustración pública, quiere privarnos hasta de la facultad de pensar.

«En lugar de una Constitución tenemos un amo extraño, que con brazo de hierro nos subyuga: vivimos, si puede decirse que vivimos, sobre las puntas de las bayonetas mercenarias: en suma, somos colonos conquistados por una nación oscura, y un tirano despreciable.

«Avergoncémonos, con el testimonio de la historia, de que nación alguna haya sido jamás tan afrentada. ¿Qué pueblo ha soportado impasible, semejantes humillaciones? Leamos lo que sobre nosotros se escribe en los periódicos de Estados Unidos, México, Venezuela, Bogotá y Guayaquil, sin traer a consideración los de Chile y Buenos Aires. La América se escandaliza, y las luces del siglo pugnan abiertamente con el poder discrecional que esclaviza y envilece a una Nación ilustre y generosa...¿Mas, por qué sufrimos, paisanos? ¡Qué! ¿Los peruanos renunciamos a todo sentimiento de honor y de gloria? ¿No nos importa la suerte de la Patria, no amamos nuestras instituciones? ¿La libertad no es odiosa o indiferente? ¿No sabremos, amaestrados por la experiencia, evitar que esta misma libertad degenere en licencia, y exterminar a la vez los gérmenes de la anarquía y despotismo? ¿O no queremos ser ya republicanos?

El artero y maligno Santa Cruz trabaja por desunirnos para dominarnos más fácil y seguramente. Calumnia al Gobierno y Ejército Chileno; pero serán inútiles sus esfuerzos, *porque esta Nación leal, e idólatra de la libertad,* sólo pretende derrocar al tirano para precaverse de sus insidias, para sofocar en su cuna el reinado del absolutismo

en América; *para salvar al Perú* de un usurpador que amenaza la independencia y quietud de los demás Estados, de un ambicioso que se sirve del puñal, del oro y de las perfidias más atroces, como convengan a sus miras de engrandecimiento personal. Su existencia ofende a la América toda y la libertad peligra. Seamos, paisanos, los primeros en levantar el grito de indignación y venganza: la Patria y el honor nos lo demanda.

¿Qué hombre sensato conociendo la situación geográfica de Chile podrá abrigar la menor desconfianza en cuanto a las intenciones de su Gobierno, mediando por otra parte las mejores testimonios de buena fe y amistad sincera? Chile no quiere dar mandatarios al Perú ni intervenir en su Gobierno. Los Pueblos Peruanos en pleno uso de sus derechos establecerán sus autoridades locales provisorias: más adelante la República en ejercicio de su soberanía, libre del yugo ignominioso que hoy la abruma, se ocupará de constituirse y de depositar el poder legal en las manos de su confianza. Fieles los Chilenos a los principios de su política cifrada en la moderación y la justicia, regresarán, sí, a su Patria ufanos con sus glorias y honrados con las bendiciones de nosotros. Tal es el propósito de un Gobierno ilustrado, órgano de los sentimientos de una Nación que aspira a una paz inalterable y a cimentar relaciones comerciales con la nuestra sobre convenciones de recíproco provecho, justas y decorosas...»

Chile liberta al Perú.

«Las fuerzas chilenas desembarcaron en Ancón el 6 de Agosto de 1838 y marcharon sobre la capital. La vanguardia la componían las divisiones de La Fuente y Castilla, a las que seguían las tropas de Torrico y Deustua. Gamarra mandaba la reserva. Orbegoso y Nieto salieron al encuentro del enemigo, y libraron una batalla en la Portada de Guía, en la que salieron derrotados y se replegaron al Castillo del Callao. Gamarra entró a Lima y trató de persuadir al Conde de Vista Florida para que aceptase la presidencia de un Consejo de Estado; pero éste rehusó y en consecuencia se proclamó Gamarra como presidente provisorio. Orbegoso se embarcó a bordo de un pequeño navío y se retiró a Guayaquil. Frisancho y Torrico organizaron

en Lima un pequeño ejército compuesto de peruanos, y éste, el 18 de Septiembre, marchó a la cabeza de dicha fuerza a encontrarse con los bolivianos. Llegó a Matucana y aquí derrotó a 500 de ellos.

«El 15 de Octubre se nombró a Bulnes (chileno) comandante en jefe de los ejércitos aliados, y Gamarra asumió el puesto de director general de la guerra. Al acercarse el general Santa Cruz, los ejércitos aliados abandonaron Lima y se retiraron, por la costa Norte, hasta el callejón de Huaylas». (*Historia del Perú*, por Clements Markham, pág. 219).

«El general Santa Cruz encontró a sus enemigos en un lugar llamado Yungay, en el río Santa, 20 de Enero de 1839. La batalla fue decisiva. el Protector fué completamente derrotado, y se fugó por la costa hacia Arequipa, con intención de obtener la ayuda de su ejército de reserva en Puno, pero Ballivian se declaró contra él.

«El caído Protector, ahora completamente sin recursos, escapó a Islay, y embarcándose en un buque inglés, se fugó a Guayaquil.

«El ambicioso Gamarra vino otra vez a ser dueño de la situación, y después de la salida de los chilenos, el se proclamó el Presidente Provisional de la República». (*Cuzco and Lima*, por Clements R. Markham, pág. 340).

El Perú expulsa al mejor luchador extranjero.

El general Miller, el único voluntario que peleó en todas las campañas del Perú, fué expulsado: del suelo peruano, a pesar de esto. Oigamos al historiador.

«El general Miller se embarcó a bordo del «Samarang» el 22 de Febrero de 1839, terminando de esta manera su carrera militar. Su nombre fué borrado del escalafón, sin habérsele seguido juicio alguno, ni siquiera escuchado Ni aún siquiera por su brillante carrera de veinte años de servicios, durante los cuales peleó en casi todas las batallas de la independencia». (*Historia del Perú*, por Clements R. Markham, C. B. F. R. S., pág. 220).

«Cuando se le embalsamó se encontraron dos balas en su cuerpo, y tenía cicatrices de veinte y dos heridas». (Idem pág. 221).

La gratitud peruana hacia Chile.

«Lima, Septiembre 20 de 1863.—Al señor general D. Manuel Bulnes.—Santiago de Chile.

«La persona que se dirige a US. le tiene alto respeto por sus cualidades distinguidas como ciudadano, y por sus eminentes servicios como soldado, servicios prestados no sólo a Chile, su patria, *sino también al Perú*. Nadie puede negar que al ejército unido Restaurador Chileno-Peruano debe el Perú su independencia de la dominación del general D. Andrés Santa Cruz, a mérito de la memorable victoria obtenida en Ancash el 20 de Enero de 1839, en la que le tocó a V. E. la gloria imperecedera de haber mandado el Ejército Restaurador, en clase de general en Jefe, y al general Gamarra en la de director de la guerra.

.....

«De US. su muy atento y obsecuente servidor.—Un Peruano». (*Revoluciones de Arequipa*, desde 1834 hasta 1866, por el Dr. D. Juan Gualberto Valdivia, pág. 207).

LAS INVASIONES RECÍPROCAS DEL PERÚ Y BOLIVIA.

¡Oh, quién habla de paz! ¡quién de tratados!
cuando reciente del Perú, la herida
venganza aclama, ¿acaso esos soldados
que han jurado a la Patria dar su vida,
inermes quedarían y burlados
en su patrio entusiasmo? ¿La vertida
sangre en el campo con audacia impía
de deshonor cubierta quedaría?

Guerra a Bolivia, en tanto que homicida
la Patria oprime y sus campiñas tala;
con ella paces cuando avergonzada
humilde entregue su perjura espada.
Muerte a Bolivia, al arma, ciudadanos,
deseado el grito levantad de guerra;
odio, vergüenza, afrenta a los tiranos,
que fieros hollan nuestra hermosa tierra.
.....

José Toribio Mansilla, (1842).

«El general Santa Cruz permaneció en Guayaquil ocupado en llevar adelante varias intrigas con Bolivia, con la mira de recuperar el alto puesto que había perdido y que jamás reconquistara. Gamarra miraba estos procedimientos, de los que tenía noticias exageradas, con verdadera alarma. En su vida se le ocurrió otro medio de alcanzar un fin, sino por medio de la fuerza. Por consiguiente solicitó y obtuvo sanción del Consejo de Estado para declarar la guerra a Bolivia, a fin de acabar con los partidarios de Santa Cruz.

«La guerra se declaró el 6 de Junio de 1841. Don Manuel Menéndez quedó encargado del mando del Ejecutivo en Lima, y al general La Fuente se le dió el mando del ejército de observación en el Norte. El Presidente marchó por Ayacucho y Cuzco hasta la frontera boliviana. Velazco, el amigo de Santa Cruz, renunció la Presidencia en favor del general Ballivian. El nuevo Presidente envió comisionados a Gamarra a decirle que no avanzasen las fuerzas peruanas en el territorio boliviano, por cuanto que Santa Cruz no tenía ya partido en esa república. El Presidente peruano contestó que el mismo Ballivian era partidario de Santa Cruz y que por consiguiente continuaría avanzando con sus tropas». (*Historia del Perú*, por Clements R. Markham, pág. 222).

«Mientras el patriotismo herido por el extranjero obraba prodigios para la común defensa del país, Gamarra, que después del reconocimiento militar de Calamarca permanecía en La Paz, se ocupó, (como lo dice el Boletín del ejército boliviano) de «*talar nuestros campos, allanar nuestras casas para saquearlas en todas las horas del día y de la noche, en asesinar nuestros compatriotas, en arrancar a nuestros hijos de los establecimientos de educación y de nuestros hogares para engrosar sus filas, en atacar todas las garantías sociales, en alterar nuestro sistema de hacienda, en profanar nuestros templos, y en cometer, en fin, cuantas depredaciones y atentados ejercieron los más bárbaros conquistadores de la edad media*». (*Historia de Bolivia*, por Luis M. Guzmán, pág. 127).

«El 24 de Octubre el general San Román, tuvo una victoria en Mecapaca derrotando a los mejores batallones del Ejército boliviano; pero antes de un mes se dió la

batalla fatal de Ingaví el 20 de Noviembre. El nombre del lugar era Incahue, mas los bolivianos lo cambiaron por el de Ingaví, que es anagrama de Yungay. Los peruanos quedaron completamente derrotados». (*Historia del Perú*, por Clements R. Markham, pág. 222).

«Las fuerzas que entraron en combate fueron, por parte de Bolivia 3,788 hombres contra 6,000 próximamente a que ascendía el ejército peruano.

«La ambición fue escarmentada. El ultraje estaba reparado. Gamarra, que en su lenguaje oficial, afirmaba que la guerra sólo la hacía a Santa Cruz, tuvo la torpe fantasía de lanzar a la primera línea del combate, a muchos de nuestros compatriotas que cayeron en el campo, heridos por nuestras propias balas». (1) (*Historia de Bolivia*, por Luis M. Guzmán, pág. 129).

Se ultraja el cadáver de Gamarra y se rompen los dientes a Castilla.

«Gamarra fué muerto en la batalla y su cuerpo *pisoteado por un escuadrón de caballería*: y Castilla, el segundo, en comando con muchos otros oficiales, fué tomado prisionero mientras San Román con dificultad escapó al Perú.

«Cuando Castilla fue conducido ante el jefe boliviano éste le acusó de haber sido la causa de la guerra, y le dió, un golpe en la cara, *rompiéndole algunos dientes*, y lo desterró a una lejana población, llamada Santa Cruz de la Sierra». (*Cuzco and Lima*, por Clements Markham, pág. 346)

El Congreso Boliviano, en ese campo de batalla, mandó entonces erigir un monumento con la siguiente inscripción: **«Las cenizas de un invasor son la base de este monumento».**

Chile salva al Perú de la invasión.

«Ballivian, con su victorioso ejército, atravesó la frontera y ocupó Puno, pero encontró una determinada resistencia. El general San Román organizó un cuerpo de ejército en Cuzco; Prieto formó otro en Arequipa, y Bermúdez colocó una reserva en el Norte. El general La Fuente fué nombrado Comandante en Jefe en el Sur, y el general

(1) Al evacuar La Paz los peruanos dejaron a sus soldados enfermos quienes fueron ultimados por los bolivianos, en venganza del rapto de algunas mujeres paceñas efectuado por los peruanos fugitivos.

Juan Crisóstomo Torico en el Norte; pero, debido a la mediación chilena, un tratado de paz fué firmado en Puno el 7 de Junio de 1842, entre Perú y Bolivia, por el delegado chileno, Lavalle, el peruano Mariategui, y Ballivian por parte de Bolivia». (*Cuzco and Lima*, por Clements R. Markham, pág. 346).

La generosidad de un chileno.

«En la batalla de Ingaví, el general peruano Castilla hizo esfuerzos inútiles; y obstinado se quedó en la derecha, y se entregó prisionero; Lo llevaron entre los prisioneros, a pie, en tiempo de lluvia, hasta La Paz; donde lo puso Ballivian incomunicado en un calabozo. Impidió Ballivian que se le introdujesen al calabozo el menaje y víveres que las personas decentes de la población le mandaron. Castilla recibió el trato más infame que no podía suponerse en vencedores de regular cultura.

«A los pocos días, mandó Ballivian que llevasen al general Castilla bien escoltado, al reducto de Oruro, donde lo colocaron en un calabozo en completa incomunicación, sin permitirle, como en La Paz, la introducción de recurso alguno.

«Pasados muchos días llegó a Oruro el chileno Escudero, sujeto de gran valor y de corazón, que acompañó a Santa Cruz en los ataques contra Salaverry. Escudero no era de profesión militar sino ocupado en las minas. Era casado en Arequipa, y tenía hijos: apreciaba al país, y se reputaba peruano. Aunque él como amigo de Santa Cruz, no lo era de Castilla; considerando que éste era un general peruano, y se hallaba en la desgracia de prisionero y cruelmente tratado, suplicó al jefe del reducto, que era su amigo, le permitiese, acompañado de él o de algún oficial de su confianza, entrar a visitar a Castillo, a fin de que no se juzgase que su visita tenía otro objeto.

El jefe generoso, cuyo nombre desgraciadamente hemos perdido, concedió a Escudero hiciese sólo la visita, pues, nada tenía que recelar, sino que muy bien le agradecía complaciese a ese general en su desgracia; a quien su visita le serviría de algún consuelo; y alegó que él, a pesar suyo, tenía que cumplir las órdenes que se le habían dado, privando al preso de los recursos que a porfía querían introducir de la población.

«Escudero entró al calabozo, oscuro y húmedo, y halló al general Castilla con una gruesa barra de grillos, que apenas le permitía movimiento para medio sentarse, afirmándose fuertemente sobre el brazo derecho.

«A Escudero se le arrasaron los ojos de lágrimas; y haciendo esfuerzo dijo al general Castilla.—Señor general: he llegado recientemente a esta ciudad, y sabiendo el estado de su dolorosa situación me he empeñado con el Jefe del reducto, amigo antiguo mío, para que me permitiera poder saludar a Ud. Soy Ramón Escudero, casado en Arequipa con la señora Grambel. Me ofrezco a poner en manos de la familia de Ud. la carta que Ud. tenga a bien escribir: servirá de mucho consuelo a su familia y amigos el saber que Ud. existe; y además suplico a Ud. me haga el favor de aceptarme estas pocas onzas de oro, de las que puedo disponer por ahora, hallándome de tránsito en esta ciudad. El general Castilla muy afectuosamente le agradeció su visita y ambos ofrecimientos. No escribió la carta, ni aceptó las onzas. Se retiró Escudero sintiendo la desgraciada situación en que dejaba al general Castilla, y también el que no hubiese admitido sus ofrecimientos.

«A su salida agradeció al Jefe del reducto el permiso que le había dado para poder visitar al general y le suplicó rebajase en lo posible la severidad con que se le trataba, y se despidió quebrantado de dolor.

Le rompen otra vez los dientes al General Castilla.

«Poco tiempo después fue llevado Castilla al interior de la montaña de Cochabamba, Valle de Misque. Fingieron cartas de algunos amigos de Castilla, en las que le ofrecían los medios de evasión segura, para día determinado. Catilla creyó: hizo uso de los caballos que le proporcionaron y emprendió la fuga; pero en un punto estrecho le habían colocado una partida que lo tomó y *lo apaleó discrecionalmente, hasta botarle a palos los dientes*. Casi sin uso de sus miembros, y contuso todo su cuerpo, lo condujeron al sitio de su prisión, donde no había recurso de ninguna especie». (*Revoluciones de Arequipa*, por el Dr. Valdivia, pág. 241)».

Una revancha en el papel.

«El Presidente de la República, al Ejército y a la Guardia Nacional.

«Soldados:—Os he declarado en campaña, porque el suelo de la Patria ha sido profanado por el Jefe de Bolivia. Sólo alucinado por las instigaciones de un traidor, y acosado por la situación a que lo condujeron sus desaciertos, ha podido atreverse a consumar con la violación de nuestro territorio, la serie de agravios que nos ha hecho. Con mentidas protestas ofrece, como si le temiérais, que no desenvainará su espada, y nos insulta con su presencia: protesta que no viene a combatir, y sus soldados huellan nuestro suelo.

«Soldados:—Vengaremos este baldón arrojaremos al invasor, y si se atreve a medir sus armas, la victoria será nuestra porque Dios protege la justicia. Nuestro triunfo formará el lazo fraternal que una para siempre al Perú y a Bolivia, y no será la palabra de escenario que sirva para insultar una nación hermana, como lo hace el Jefe de Bolivia con el de Ingaví: él lo recuerda siempre para ultrajarnos, nosotros lo recordaremos ahora para vengarlo. A una victoria debemos oponer otra; y al nombre de Ingaví otro nombre, para que unidos pasen a la posteridad.

«Soldados:—A vosotros toca este deber nacional, y a vuestras bayonetas está confiado el honor del Perú: necesitamos hacernos respetar...»

«*Lima, Noviembre* 14 *de* 1853.

José Rufino Echenique.»

La guerra contra el Ecuador.

«El Ministro peruano tiene que responder al mundo civilizado de la sangre y de los sacrificios que le va a costar al Ecuador la presente guerra de vandalaje, venida de un país amigo y hermano; y tiene que responder de la falta de fe pública en sus documentos oficiales, en sus órdenes administrativas y en la práctica de las instituciones republicanas.

«*Guayaquil,* 21 *de Abril de* 1852».

Los artículos de los periódicos como una causa de la guerra (1859).

«La protección que el gobierno de Lima daba al general ecuatoriano Flores alarmó la susceptibilidad de los ecuatorianos que se quejaron, por medio de la prensa de esta conducta injusta y desleal. En cualquier otra situación, el gobierno peruano no había dado importancia a estas manifestaciones particulares; pero el Presidente Castilla, *que buscaba ansioso una ocasión de ruptura*, consideró los artículos de los periódicos ecuatorianos como un insulto a su país y pasó una nota muy enérgica al gabinete de Quito. Este fútil pretexto, unido a la cuestión de límites, provocaron la guerra entre el Perú y el Ecuador». (*Compendio de la Historia de América* por J. Meza y Leompart, tomo II, pág. 429).

Por cuarta vez Chile lucha por la independencia del Perú.

«En 1865 las simpatías chilenas para la causa peruana envolvieron a Chile en una guerra estúpida contra España.» (*La Enciclopedia Británica*).

«El gobierno español nunca reconoció la independencia de la República del Perú, mientras sí la de Chile. En 1866 cuando los españoles estaban escasos de dinero, se acordaron de las Islas Chinchas con que pudieran hacer un buen negocio, y mandaron una flota de siete buques de guerra para ir a la costa del Pacífico y bajo un pretexto de derecho que ellos llamaban la «reivindicación», para tomar la posesión de las islas mencionadas. El resultado de tal expedición contra nuestros vecinos puede sumarse en pocas palabras:

1.º La flota vino a Valparaíso y los oficiales fueron festejados y grandes fiestas tuvieron lugar en Santiago, en honor del almirante.

2.º La flota salió y las primeras noticias anunciaron que los españoles estaban en posesión de las Islas Chinchas.

3.º Los periódicos chilenos se pusieron al lado del Perú y hablaron muy claramente.

4.º La flota volvió a Chile y exigió reparaciones por el insulto. Los chilenos se quedaron firmes, pero intenta-

ron explicar y defender su posición. Sus explicaciones fueron aceptadas por el Ministro del Estado español, y se suponía que no iban a oir más sobre esto, pero al mismo tiempo llegaron órdenes de España, exigiendo del gobierno chileno saludar la bandera española y después tratar. Los chilenos rehusaron hacer eso.

5.º Los españoles bloquean los puertos chilenos, pero una corbeta chilena capturó un buque de guerra español, que Chile posee hoy.

6.º La flota española bombardeó la ciudad de Valparaíso durante tres horas, incendió la aduana y algunos millones de dolares de la propiedad particular y después se dirigió hacia el Callao». (1) (*Our South American Cousins*, por William Taylor, pág. 240).

¡«Tal era la prueba que venía a dar la antigua arrogancia española de la virilidad de la España Moderna. El pueblo chileno reprimió su justa ira, haciendo notable el contraste entre los actos brutales del español que bombardeaba, y la conducta noble de un pueblo culto». (*Revoluciones de Arequipa*, por el Dr. Valdivia, pág. 389).

La gratitud del Perú hacia Colombia al pedirle otra ayuda.

«*Lima, Mayo 26 de* 1864.

.....

«Colombia en los días gloriosos de la guerra de la independencia envió hasta Ayacucho a sus hijos para afianzar la libertad; y esa República que tantos sacrificios ha realizado esos días de imperecedera memoria, volverá a ejecutarlos con la misma abnegación y el mismo valor de entonces, y cuando serios y comunes peligros comprometan la existencia de las nuevas nacionalidades americanas.

«El gobierno aprecia altamente la expresión de los generosos sentimientos de los Estados que V. E. representa, y al aceptarlos, el infrascrito con toda la efusión de la gratitud que inspira el patriotismo, ofrece a V. E. las seguri-

(1) «El bloqueo de los puertos chilenos y el bombardeo de Valparaíso por una escuadra española, mostró a Chile la necesidad de tener una flota proporcional para defender su larga costa». (*La Enciclopedia Británica*, tomo VI, pág. 155).

dades de la profunda estimación, con que tiene el honor de ser de V. E. atento servidor.

(Firmado).—Juan Antonio Ribeyro.»

«Al Excmo. señor Arosemena, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos de Colombia en el Perú».

El Perú agradece a los que ha ofendido y que va a ofender, tan pronto como pase el peligro.

«Las Repúblicas Americanas han fraternizado con el Perú en una causa que, sin disputa, es la más justa, la más grande y la más gloriosa de estos tiempos: en la lucha de la razón con el poder, de la fuerza con la generosidad y de la opresión con la libertad no podían vacilar, y todas ellas nos han mandado sus votos, sus ofrecimientos y en caso preciso auxiliaran con sus recursos y sus hijos. Nada hay en estos momentos que no sea digno de alabanza. Creyeron nuestros adversarios reducirnos a una dura y penosa extremidad para abusar de nuestras cuitas; pero erraron el camino, porque en vez de inferirnos el mal que se propusieron, han visto que ni el Perú, ni las demás secciones del continente son fácil presa de planes de dominación, cuyo influjo funesto ha pasado para siempre. Débese a los gobiernos amigos *un recuerdo de gratitud por sus simpatías y por sus rasgos generosos en los momentos de tribulación.*

«*Lima, Junio* 28 *de* 1864.

Juan Antonio Ribeyro.»

(*Memorias que el Ministro de Relaciones Exteriores presenta a la Legislatura Ordinaria de* 1864).

El Perú agradece a Chile con palabras imperecederas.

«Me complazco en reconocer las buenas prendas del señor Encargado de Negocios de Chile, el vivo interés que ha to-

mado por nosotros, y las simpatías que le ha inspirado la santidad de nuestra causa.

«*Lima, Enero de* 1865.

JUAN ANTONIO RIBEYRO,
Ministro de Relaciones Exteriores del Perú.»

(*Perú y España*, pág. 25; Lima, 1865).

El discurso del Alcalde de Lima.

«**El pueblo chileno, señor Ministro, siempre estuvo pronto a prodigar su sangre en unión de los peruanos,** cuando se ha atacar a los que, atrevidos, han intentado ofender su independencia y su libertad.

«**Tal vez esta sea la tercera vez que unidos ambos pueblos** llamen a la América entera, para que, estrechada con los más firmes vínculos de confraternidad, se lancen a contrarrestar las exageradas pretensiones de las monarquías europeas.

«La Municipalidad espera que el señor Ministro tendrá la bondad de **manifestar al pueblo de Chile la eterna gratitud y el profundo reconocimiento que abriga el del Perú,** y en particular el de Lima, a quien tengo el honor de representar en este momento».

El Ministro de Chile contestó como sigue:

«...Bajo el estandarte de la Unión y en uso del más sacrosanto de los derechos de los pueblos, el de ejercer por sí su soberanía y regir sus propios destinos, la América latina se constituyó y fué saludada en el mundo como región libre e independiente.

«Los laureles de Ayacucho y de Junín fueron adquiridos con la sangre de chilenos, peruanos, argentinos y colombianos. Todo fué común en esa grandiosa época, triunfos y reveses, lutos y regocijos... **El Pueblo del Perú puede estar seguro de que el Gobierno y pueblo chilenos estarán al lado del Perú, tratándose de su independencia y soberanía.**»

A Chile.

Brindemos recordando la heroica independencia
que Chile, nuestra aliada, valiente conquistó,
por los preclaros hijos que dieron su existencia
en aras de su patria que libre se mostró.

Brindemos porque Chile, gloriosa e invencible,
renueve ante la patria sus votos de hermandad,
y estreche generosa el lazo indestructible
de paz y de armonía, de unión y de igualdad.

Brindemos por los hijos que a Chile conmemoran
que aún lejos de su suelo se sienten conmover;
brindemos por la patria que idólatra adoran
sintiendo dentro el pecho su sacro fuego arder.

Brindemos ¡oh recuerdo! mi mente se extasía;
mi sangre hirviente afluye de lleno el corazón,
¿no veis, no veis señores, radiante en este día
cargada de laureles alzarse una Nación?

«*La Paz. Septiembre* 19 *de* 1867.

BENJAMÍN LENS.

(*Aniversario de la Independencia de Chile en Bolivia*, pág. 24.)

«Chileno es el ciudadano a quien se encargara tan honorífica tarea: a la historia heroica de Chile pertenece el día que celebramos; se me ocurren dos ideas: que la fraternidad de Chile y Bolivia estribará en el campo de las ciencias, de las letras, de la industria, del comercio, y que Chile ha marchado a la vanguardia de su hermanos, en la tipografía, en la librería y en el diarismo». (*Dr. Pablo Ramírez Machicao.* —(*Aniversario de la Independencia de Chile en Bolivia*, La Paz, 1867; pág. 18).

La independencia de Chile.

(Composición dedicada a mi distinguido amigo don José Domingo Cortés)

Ved chilenos, qué espléndido el sol,
da a este día glorioso su lumbre,

recordando al cobarde español
que sois libre y no hay servidumbre.

¡Libre sois! que en sangriento combate
rechazásteis de Iberia al León,
libre es hoy aún el aire que bate
los pendones de vuestra nación.

Desquiciada la vil tiranía
libertad se ha elevado en su trono;
y [illegible] de entonc[illegible] o recuerda este día
de la España el estúpido encono.

Desde entonces marcháis a la gloria
con las ciencias, la industria y progreso:
«nunca avanza, nos dice la historia,
ningún pueblo humillado y opreso».

¡Salve, oh Chile! que en dulces cantares
tu voz libre por siempre levantas,
cual la brisa que juega en los mares,
cual las olas que besan tus plantas.

La Paz, 18 *de Septiembre de* 1867.

José H. Rodríguez.

(*Aniversario de la Independencia de Chile en Bolivia*, pág.17)

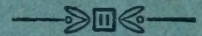
Y solamente seis años después como recompensa de gratitud se firmó el Tratado Secreto entre el Perú y Bolivia, porque se acabó el guano en las Islas Chinchas, y por casualidad Chile poseía un pedazo del territorio donde se encontraba el codiciado salitre. (1)

¡Guárdense de los peruanos aún cuando agradezcan!

(1) Seguirá el tomo III.

Las Obras del mismo Autor

(en diferentes idiomas)



Serbia y el Adriático.
La Segunda Guerra Balcánica.
El Patriotismo y la Patria.
La Poesía de los Serbios.
Los Proverbios del Pueblo Serbio.
Los Modernos Epicos de los Serbios.
Los Proverbios Internacionales contra el Alcoholismo.
Los Límites de Macedonia y la Vieja Serbia.
¡Vámonos a nuestro Viejo Hogar!
El Laberinto de Sabiduría.
La Caída de Austria.
El Barbarismo Búlgaro y el Czar Fernando.
El Heroísmo de los Serbios del Montenegro.
Los Balcanes en Caricatura.
El Anticristo y la Guerra Mundial.
El Viaje alrededor del Mundo.
El Diccionario Serbio de palabras desconocidas
El Anticristo en Caricatura.
La Cruz de Hierro y la Media Luna.
El Mundo Crucificado.
Mis Impresiones en el Japón.
De Vladivostok a Petrograd.
El Segundo Viaje alrededor del Globo.
Las dos Razas: La Chilena y la Peruana.

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

F
3423
D58

Dimitrijević, Todor
Chile

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 13 18 24 03 019 9